

# La Ilustración Artística

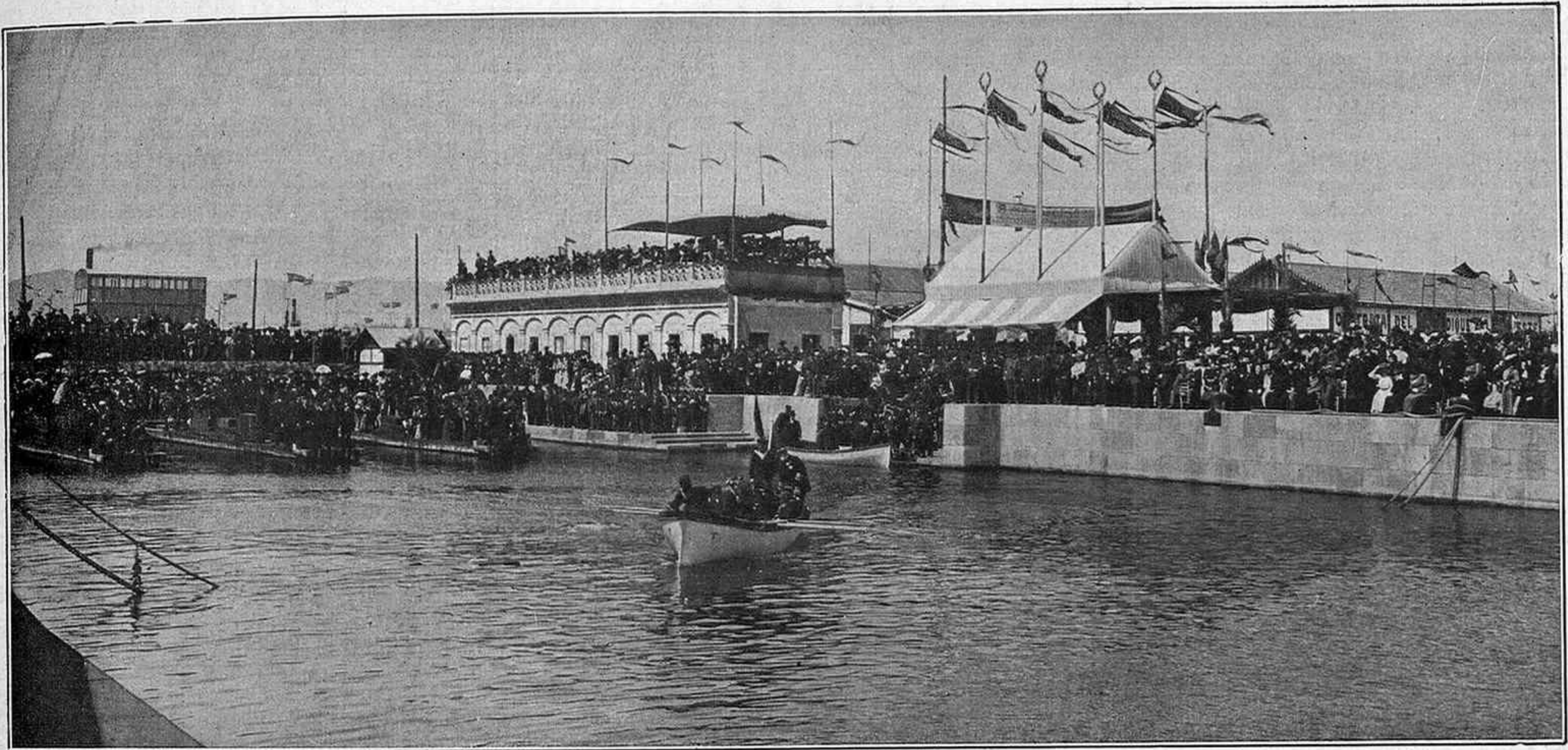
ATENEU DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

Año XXIII

← BARCELONA 25 DE ABRIL DE 1904 →

Núm. 1.165

S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona



S. M. dirigiéndose al dique flotante para presenciar la emersión del transatlántico «Miguel Jover.» (De fotografía de A. Merletti.)



S. M. colocando en el Puerto la primera piedra del edificio para el embarque de viajeros. (De fotografía de A. Merletti.)

## SUMARIO

**Texto.**—Crónica de teatros, por Zeda. — *La Muerte y el Ángel de la Vida*, por Noguera Oller. — *Viaje de S. M. el rey don Alfonso XIII*. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La novela de un viudo* (continuación). — *El niño hércules*. — *La telegrafía y la telefonía en el Japón*. — *Las casas incombustibles en los Estados Unidos*. — Libros enviados a esta Redacción.

**Grabados.**—*S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona*. — S. M. dirigiéndose al dique flotante. — S. M. colocando en el Puerto la primera piedra del edificio para viajeros. — Visita de S. M. a la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos. — *S. M. el rey Alfonso XIII en Reus*. Paso de S. M. por la plaza de los Cuarteles. — Salida de S. M. de la ermita de Misericordia. — Dibujo de Juan Tichy que ilustra el artículo *La Muerte y el Ángel de la Vida*. — *Mapa para seguir el curso de las operaciones de la guerra ruso-japonesa*. — *Avance de los japoneses en Corea*. — *El capitán Hirose, de la marina de guerra japonesa*. — *El acorazado ruso «Pretpawlosk»*. — *Pierrete*, cuadro de Conrado Kiesel. — *El niño hércules Juan Trundley*. — *El hombre de oro*. — *Mariposas*, cuadros de Luis Masiera.

## CRÓNICA DE TEATROS

Al terminar, la noche del estreno, en el teatro Español, la representación del primer acto de la comedia de Manuel Linares titulada *María Victoria*, ya hubo el autor de salir a la escena a recibir los aplausos del público. El Sr. Linares pudo decir como César: *Veni, vidi, vici*.

La costumbre de pedir que los autores se presenten ante el público, practicábase antes al acabarse la obra: ahora se les hace salir a cada triquitraque. Sainetes he visto estrenar en los cuales ha bastado que un personaje dijese un chiste, que a veces era una grosería, para que el público pidiese la presentación en escena de los tres ó cuatro ingenios enjaretadores de la obrilla.

Hablando de esto, dice con mucha razón Felipe Pérez en su ameno libro *Teatralerías* que «de vez en cuando autores sensatos protestan, sin eco, de tal costumbre, y proponen, sin resultado, acabar con ella, suprimiendo las salidas a escena, que pueden figurar por lo ridículas al lado de las salidas de tono, de las salidas de pavana y de las salidas de pie de banco.»

No es siempre culpa de los autores semejante exhibición: las empresas creen que con ella la obra estrenada adquiere fuerza, y sacan al autor, muchas veces, poco menos que a la rastra para ver las espaldas de los espectadores, ó para oír, entre los aplausos de la claqué, los siseos y hasta los silbidos de una buena parte del público pagano... De todas maneras, aunque se conserve la costumbre de premiar el trabajo del autor, llamándole a escena para recibir las halagadoras felicitaciones de la concurrencia, tal práctica debe reservarse para cuando la obra esté terminada; porque acontece a menudo que un drama ó una comedia que empezaron muy bien acaban como el rosario de la aurora. En esto, como en otras muchas cosas, hasta el fin nadie es dichoso.

Y dicho esto, vuelvo a *María Victoria*, cuyo éxito, justo es decirlo, correspondió en conjunto a la impresión producida por el primer acto.

La última obra de Linares aspira a ser una comedia de costumbres de la alta sociedad. Como todos los escritores que actualmente se ocupan en pintar la vida y milagros de la gente aristócrata, el autor de *María Victoria* pone al mundo elegante como digan dueñas. A casi todos los personajes que intervienen en la comedia no tiene el diablo por dónde cogerlos: son holgazanes, viciosos y faltos de sentido moral. Sin embargo, en un medio tan corrompido vive sin contaminarse María Victoria. Hija de padres aristocráticos, fué, al quedar huérfana, recogida por sus tíos los marqueses de Monteclaro, matrimonio que vive de la trampa y de la protección de cierto amigo íntimo de la marquesa.

María Victoria tiene novio: es éste un guapo mozo, conde por añadidura, pero sin más recursos para vivir que su sueldo de tercer secretario de embajada, quinientas pesetas mensuales; suma, según él, mezquina é insuficiente para atender a los gastos de la vida matrimonial. Victoria, que lleva ya con Juan, el nombre del diplomático, la friolera de ocho años de relaciones, á trueco de casarse con el hombre á quien ama, está dispuesta á apachucar con las quinientas pesetas; pero el conde de Sierra Quebrada, que conoce la vida mejor que su novia, se niega á pedir, hasta que no mejore de fortuna, la blanca mano de María Victoria.

Como la muchacha no puede ó no quiere esperar, las relaciones quedan rotas, y la hermosa joven se casa con un banquero opulento llamado Urbietta.

Pasa tiempo y acontece lo que ya, sin duda, habrá

sospechado el discreto lector: María Victoria no quiere á su marido, el cual ni por sus cualidades ni por su conducta merece ser amado, y en cambio sigue alimentando en su pecho su apasionado afecto por el conde de Sierra Quebrada. Este y su antigua novia tienen una entrevista, y en ella, á pesar de los reproches que mutuamente se dirigen, échase bien claro de ver el amor cada vez más grande que ambos se profesan. Es una hermosa escena esta en que los dos expresan su mutua pasión con la hostilidad de sus palabras. ¡Cuántas veces también en la vida un reproche expresa más amor que una caricia!

Así debe de comprenderlo Juan, cuando al avistarse de nuevo con María Victoria la expone toda la fuerza de su pasión, la ruega y, por último, logra casi que la enamorada joven olvide sus deberes de esposa. Afortunadamente para la moral, María Victoria es un espíritu recto, y rápidamente repuesta de su momentáneo desfallecimiento, rechaza á su antiguo novio y reconoce y proclama que la tranquilidad de la conciencia constituye una felicidad superior á lo que llamó el poeta

«los dulces goces del amor cumplidos.»

El argumento que brevemente dejo contado se desarrolla con artística sencillez, aunque en ocasiones se detiene un tanto con episodios agradables, sí, pero casi totalmente desligados de la acción principal. El diálogo es vivo, ingenioso y á menudo epigramático: los personajes rivalizan en lo de decir agudezas y chistes. Este prurito que todos tienen de mostrar ingenio quitá en mi concepto naturalidad á la obra. Parece que en vez de proponerse expresar sus ideas y sentimientos, atienden á pasar plaza de satíricos y mordaces.

Por su estructura, por su plan y por su estilo, *María Victoria*, más que en la manera castizamente española, parece inspirada en las comedias francesas del corte de las de Lavedan y Capus.

María Guerrero ha tenido el buen acuerdo de elegir para la función de su beneficio el hermoso drama de D. Manuel Tamayo y Baus titulado *Locura de amor*.

Pocos autores del siglo XIX poseyeron, en el grado en que Tamayo la tuvo, la fuerza genial que es menester para producir en las almas de los espectadores las grandes emociones estéticas. Nadie como él, entre los escritores españoles de dicha centuria, supo encontrar los vigorosos acentos de la pasión, la frase concisa *shakesperiana*, semejante al resplandor del relámpago que ilumina con vivísima luz las profundidades del alma.

Tampoco hay entre los dramaturgos modernos quien le aventaje, ni quien le iguale siquiera, en el conocimiento del corazón humano, y menos aún en el arte de manejar los resortes del teatro. En la composición de sus comedias, en la manera de desarrollar la acción, en el enérgico trazado de los caracteres, en la gradación del interés, en el modo de preparar las situaciones y de sorprender, sin quebranto de la lógica, las suposiciones de los espectadores, nadie como el autor de *Un drama nuevo*.

Nada tan verdadero como el final del tercer acto de *Locura de amor*; nada tampoco tan imprevisto. Cuando el público espera que doña Juana, al ver que sus más fieles servidores la juzgan loca, se ha de desesperar y espantar, ella, que antes que reina es mujer, y mujer apasionada, da gracias al cielo por haberla privado de razón... Si está loca, sus cavilaciones, sus sospechas, su incertidumbre acerca de la traición del esposo infiel, todo es hijo de su delirio. Si está demente, sus celos son infundados. «¡Dios mío—exclama la reina,—qué alegría! Creí que era desgraciada, que me traicionaba mi esposo; y no era eso: era que estaba loca.»

Para encontrar algo semejante á este rasgo de inspiración, á esta clara visión de los senos profundos de un alma, hay que buscarlo en *Otelo* ó en *El Tetrarca de Jerusalén*. El alma de *Doña Juana la Loca* está estudiada en el drama de Tamayo con tal clarividencia, con tan seguro análisis, con delicadezas de sentimiento tan exquisitas, como si el cuerpo del personaje histórico fuese transparente y al través de él viésemos las inquietudes, las esperanzas, los anhelos, las congojas, ilusiones y desengaños que agitaron con inaudita violencia aquel corazón abrasado en las llamas de amor.

Y este amor, que raya en el delirio y acaba en la locura; este amor, del que nació el alma gigante de Carlos V, como de otro amor exaltado por los celos nació el alma de Lope, confirmándose así las frases del bastardo Edmundo en *El rey Lear*, resplandece en medio del período más castizo de nuestra historia y entre las grandezas que la católica Isabel había derramado sobre nuestra patria. El alma de España,

antes de ser adulterada, ó por lo menos radicalmente modificada por la influencia austriaca, está, por decirlo así, infiltrada de tal modo en el drama de Tamayo, que cada uno de los personajes, valiéndome de la frase de un crítico de Shakespeare, «refracta, según su posición, de diferente manera el mismo rayo de luz.»

El ánimo de los espectadores se sumerge, viendo *Locura de amor*, en el más puro españolismo. Las glorias que allí se evocan, los sentimientos que allí se exponen, los caracteres, la hermosa habla en que los personajes se expresan, hasta los vestidos con que próceres, magnates y villanos se atavian, todo tiene el sello de nuestra raza y de las antiguas costumbres nacionales. Es el drama reproducción artística de un pedazo de nuestra historia, la resurrección de un período de la vida nacional.

Y comprendiéndolo así, y con el amor apasionado que por el arte sienten María Guerrero y su esposo, han logrado secundar el pensamiento del autor de tal suerte, que á vivir Tamayo no hubiera podido menos de exclamar al ver la representación de su obra: «De ese mismo modo imaginé yo la interpretación de mi drama.»

Para dar idea de lo hermoso del cuadro que contemplamos los que asistimos la noche del beneficio de María Guerrero á la representación de *Locura de amor*, he de decir que el efecto que á mí me hizo fué semejante al que me habría producido ver, ante el famoso lienzo de Pradilla, que todas las figuras creadas por el pintor tomaban repentinamente vida y movimiento; que brotaba de los labios de doña Juana angustioso sollozo, eco de los tormentos de su corazón despedazado; que los próceres que forman su séquito se agrupaban en actitudes de compasión ó de asombro; que las damas se levantaban del suelo para atender y cumplir solícitas las órdenes de su soberana; que ondulaban sayos y bríoles, que flotaban al viento tocas y plumas, que resplandecían al sol bordaduras y joyeles...

¿Y qué decir que no resulte pálido de María Guerrero? No representa, vive la vida de la infortunada reina. Ternuras de esposa, arranques de soberana, ira y dolor fuerte de mujer celosa, dudas, despechos, inquietudes, toda la complejidad psicológica del alma exaltada de la esposa de Felipe I, fué expresada con rasgos de inspiración tales y con adivinaciones artísticas tan asombrosas, que el público, arrebatado por el arte de la gran actriz, prorrumpió varias veces en aclamaciones delirantes.

Viendo á María Guerrero pensaba yo: «¡Sí; tenemos arte, tenemos artistas que nada tienen que envidiar á los del extranjero, y que inspirándose en nuestro teatro nacional y en nuestra tradición dramática, nos hacen recordar con amor y orgullo el tesoro, un tanto olvidado, de nuestras glorias escénicas.» El espectáculo de la otra noche es de los que levantan el corazón y nos hacen creer que aún hay patria, puesto que aún hay arte.

Del beneficio de otra actriz he de hablar también en esta crónica. Me refiero al de Loreto Padro, por quien el pueblo madrileño siente verdadero entusiasmo. Así como María Guerrero no tiene rival en la expresión de las pasiones violentas, y María Tubau es extremada en lo que ahora se llama alta comedia, y Carmen Cobeña en los papeles sentimentales, y Rosario Pino en los refinamientos de los dramas psicológicos, Loreto Prado refleja, como ninguna otra actriz, la gracia y donaire del pueblo madrileño.

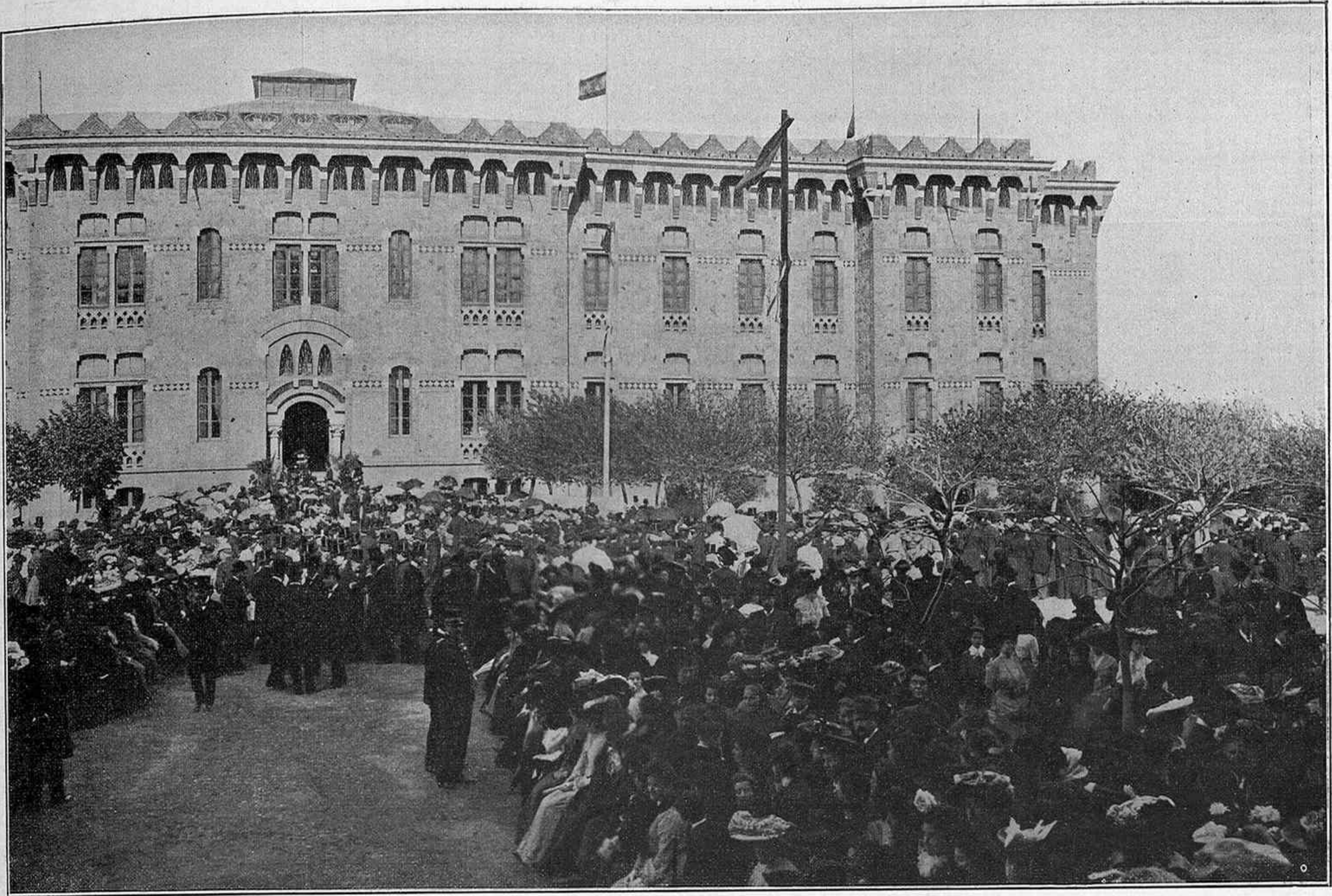
Las obras que Loreto representa son, por regla general, detestables desde el punto de vista artístico; pero ¿qué importa? La gente no va á su teatro por esas obrillas; va por ella, por admirar el talento, la intuición con que sabe crear lo que el autor no soñó siquiera, por saborear el gracejo que ella pone en cuanto hace ó dice.

La noche de su beneficio, el teatro Moderno, su teatro, ofrecía un aspecto originalísimo: la gente que lo llenaba de bote en bote miraba á Loreto, no sólo como á una artista cuyo arte le encantase, sino como á una persona querida á quien tratara de manifestar, por todos los medios, su cariño. Su cuarto se llenó de valiosos regalos, de palcos y plateas ofrecieronle ramos y *corbeilles*, y hasta el más humilde espectador tuvo por lo menos una flor que arrojar á los pies de la más popular de las actrices madrileñas.

Su renombre como artista corre parejas con su fama de generosidad y de nobleza de corazón. Ella, con su trabajo, es el sostén de su familia, y no hay desgraciado que acuda á Loreto que se aparte de ella con las manos vacías.

Por todo esto que el público de Madrid conoce, á Loreto Prado no sólo la admira; está enamorado de su graciosísima actriz.

ZEDA.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BARCELONA. - Visita de S. M. á la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos. (De fotografía de A. Merletti.)



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN REUS. - Paso de S. M. por la plaza de los Cuarteles. (De fotografía de G. Puig. Fotografía Artística. Reus.)



Y luchan, luchan á brazo partido sobre la losa fúnebre

## LA MUERTE Y EL ANGEL DE LA VIDA

En el borde de aquel pozo profundo y mal oliente, en la última meseta de aquel lúgubre enroscamiento de ruinosas gradas que se hundían en eterna tiniebla viscosa, también la miserable buhardilla gozaba de los honores de piso.

Un 5 azul, pintado en la pared, sobre la húmeda y delgada capa de cal que se caía como en copos de nieve, lo notificaba á todo ser humano que saliendo de aquella asfixiante obscuridad de cuatro pisos, llegara á posar los pies en el descansillo, pálidamente iluminado por ser el último, y pisara aquel montón de astillas que unidas entre sí por gruesos y enmohecidos clavos formaba la puerta más miserable que se haya abierto á mi paso explorador.

Una pequeña pieza cuadrada, cocina y dormitorio á la vez, constituía la habitación de Eladia.

Y Eladia era una de tantas y tantas Eladias que viven tejiendo verdaderos poemas de amor, estrofas ignoradas, cantos sublimes que se apagan en la desolación de la miseria, monumentos de abnegación y heroísmo que se derrumban en quietud, sin levantar un solo grano de polvo, bajo el ensordecedor estrépito de la ciudad que ríe y llora, que ama y maldice, que lucha y vagabundea.

Su marido se ahogó en su misma sangre: agolpóse más amenazadora que nunca en sus mejillas cadavéricas, bañándolas en un rojo mortecino, y aquella tos profunda que hacía estremecer la cavidad de la estancia no duró lo que siempre...

Y las cuatro paredes blancas, ceñidas en su base por un ancho friso azul, á la viuda le parecieron de hielo. Silenciosas sumaron una lágrima más á su desconocida y larga historia de sufrimientos, y continuaron mudas é impasibles aguantando el techo para cobijar nuevas tristezas sobre el montón del pasado.

Duerme la casa.

Mas en la triste buhardilla vela de nuevo el dolor, erguido ante la pequeña y elevada ventana que parece un ojo de la noche... Tan inmóvil, tan impasible, diríais que aguarda á que los dedos descarnados de la Muerte llamen al exterior de los vidrios.

Tras de los vidrios de la ventana, tiemblan las estrellas en un cielo obscuro como miradas que se cierran al sueño.

Duerme la ciudad.

Mas en la helada buhardilla no penetra el sueño.

Arde un candil en ella como una lágrima suspendida.

El blanco rostro de la viuda caído sobre el pecho. Enlutada y erguida en la desolación de la estancia, proyecta una sombra inmensa que oscila sobre los ladrillos, se agarra y retuerce en la pared del fondo y muerde el ocre sanguinoso de una viga del techo.

El perfil luminoso de Eladia tiene una gravedad que aterra.

Henchida la nariz, contraídos los labios, la mirada semicerrada y fija, parece que la Muerte la haya convertido en estatua del llanto.

—¡Alma de mi ser!.. ¡Vida de mi sangre!.. ¡Luz de mi razón!..

Y se desploma sobre la cuna.

Un tenue estertor desgarrá la quietud solemne de las horas.

El pobre enfermito no se mueve ni llora ya; se acaba...

Y Eladia, desfallecida por continuos desvelos, anonadada por sufrimientos, sucumbe al peso de su naturaleza cansada.

Entra su cuerpo en extraño sopor que la obliga á ascender hasta el borde del abismo de su angustia.

Y su alma, libre de la idea fatal que martillea tenaz en su cerebro, sueña.

¡Sueña!.. ¡Que el soñar, á veces, es hundir la mirada más allá de lo real y de lo posible, es perforar el caos!..

Todavía su alma sabe flotar entre flores, sobre las frescas y siempre verdes llanuras de la Esperanza.

Mas el sueño es difuso.

El cerebro, receloso y escéptico por los crueles desengaños de la vida, resiste á moldear imágenes de belleza...

Los nervios, irritados, tiemblan estremadamente sensibles...

Un frío extraño y cruel muerde en los brazos de Eladia, apoyados en la cuna...

Y la impresión llega al cerebro dura y helada como el mármol.

Y empieza la pesadilla: la cuna, la miserable cuna se convierte en grande y maciza losa sepulcral.

Agonizante, la cabeza caída, los ojos cerrados, la manecita abierta como implorando un instante, un solo minuto más de vida, yace en ella el niño entre los brazos de una nueva é ignorada dolorosa.

Crece la pesadilla; va aumentando lúgubre, espantosa... Unos árboles fúnebremente se balancean bajo un cielo aterrador...

Y la Muerte se acerca, poco á poco, haciendo crujir sus huesos... Vase acercando horrible, inexorable... Ya toca el extremo de la losa... El estertor del niño aumenta. Silba el aire en la tierna garganta. Se torna lívido; se muere... Pero el alma sueña. El alma tiene fe. ¡El alma maternal espera siempre!..

El cerebro en su visión fatal va acercando á la Muerte. El alma en su sueño ideal va llamando á la Vida.

Sobre la losa fúnebre avanza el primer gusano.

De pronto, brota imponente y triunfador el Angel de la Vida, desplegando sus luminosas alas como bandera de combate.

—¡No morirá!.., clama una voz potente.

Y luchan, luchan á brazo partido sobre la losa fúnebre.

Un llanto vital estremece la cuna...

Y la madre despierta; abre los ojos á una nueva y hermosa realidad.

Ha desaparecido aquella losa sepulcral, el paisaje fúnebre, aquel cielo aterrador... Todo, todo se ha hundido en las tinieblas de una noche de angustia...

La llama del candil palidece: es una lágrima que se seca.

Los vidrios se alegran, saltan de júbilo, estremecidos por el vital ruido que despierta al fondo de la calle. La ventana ya no es un ojo de la noche: es una boca que se ofrece al sol. En el fondo infinito, dos nubes se enrojecen: ¡son los labios de la Aurora que ríe!

Y Eladia se encuentra de nuevo en su casa, en su pisito blanco y humilde, arrodillada ante la cuna de su hijo que llora. ¡Llora!.. Vino al mundo llorando... Y al fin, dos arroyuelos de lágrimas vuelven á correr vívidos y lucientes sobre sus mejillas que recobran color... De su garganta brota la voz de nuevo... ¡Es la resurrección á la vida!..

Cerca de la cuna se halla el ángel de su existencia, majestuoso, imponente...

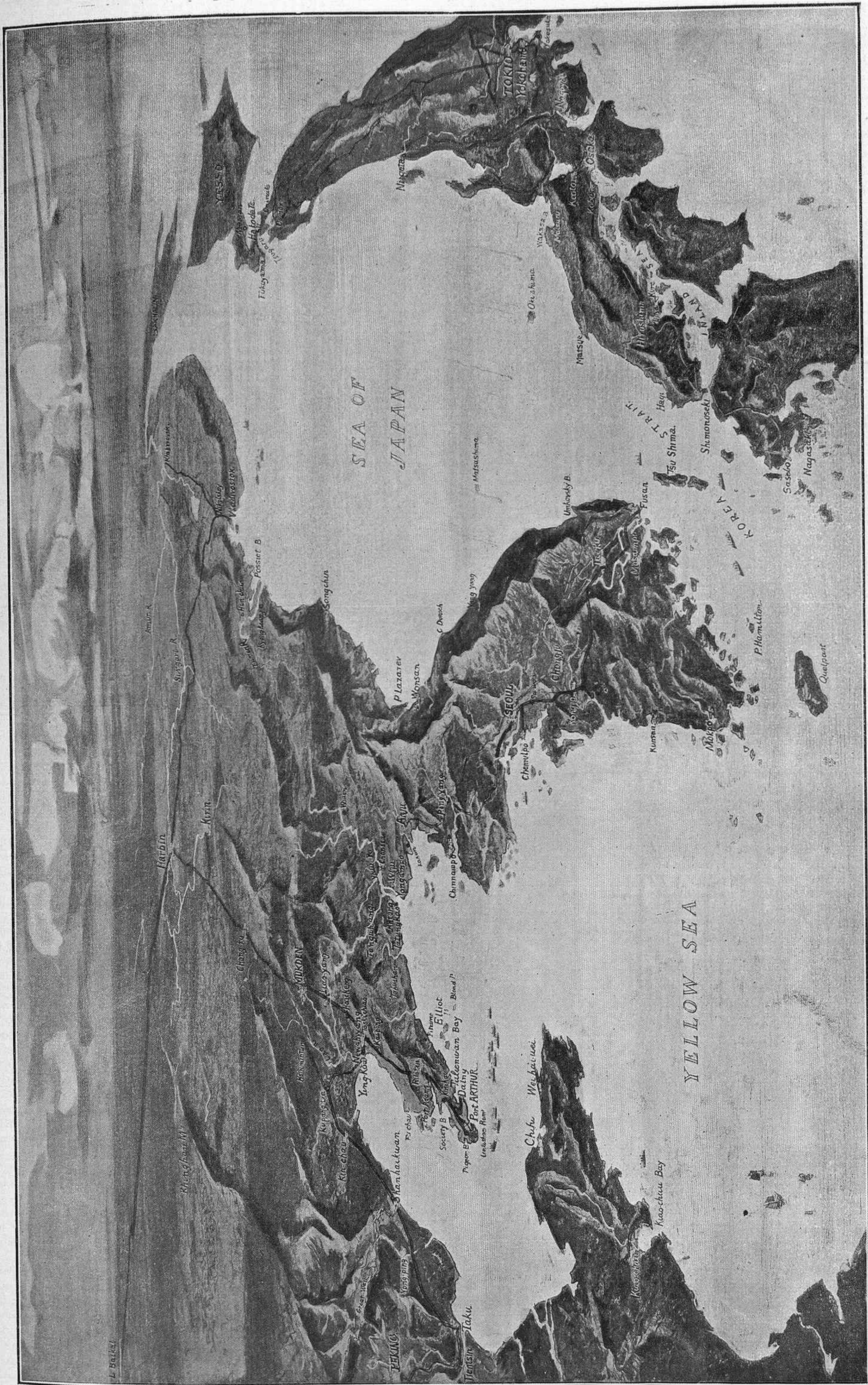
Huye la Muerte: se escurre entre las astillas de la puerta, animando á las carcomas, que la despedazan lentamente, y se hunde en el vacío de la escalera, en aquel pozo mal oliente y profundo.

Al brillar el sol, el niño ofrecerá á su madre la más admirable de las sonrisas.

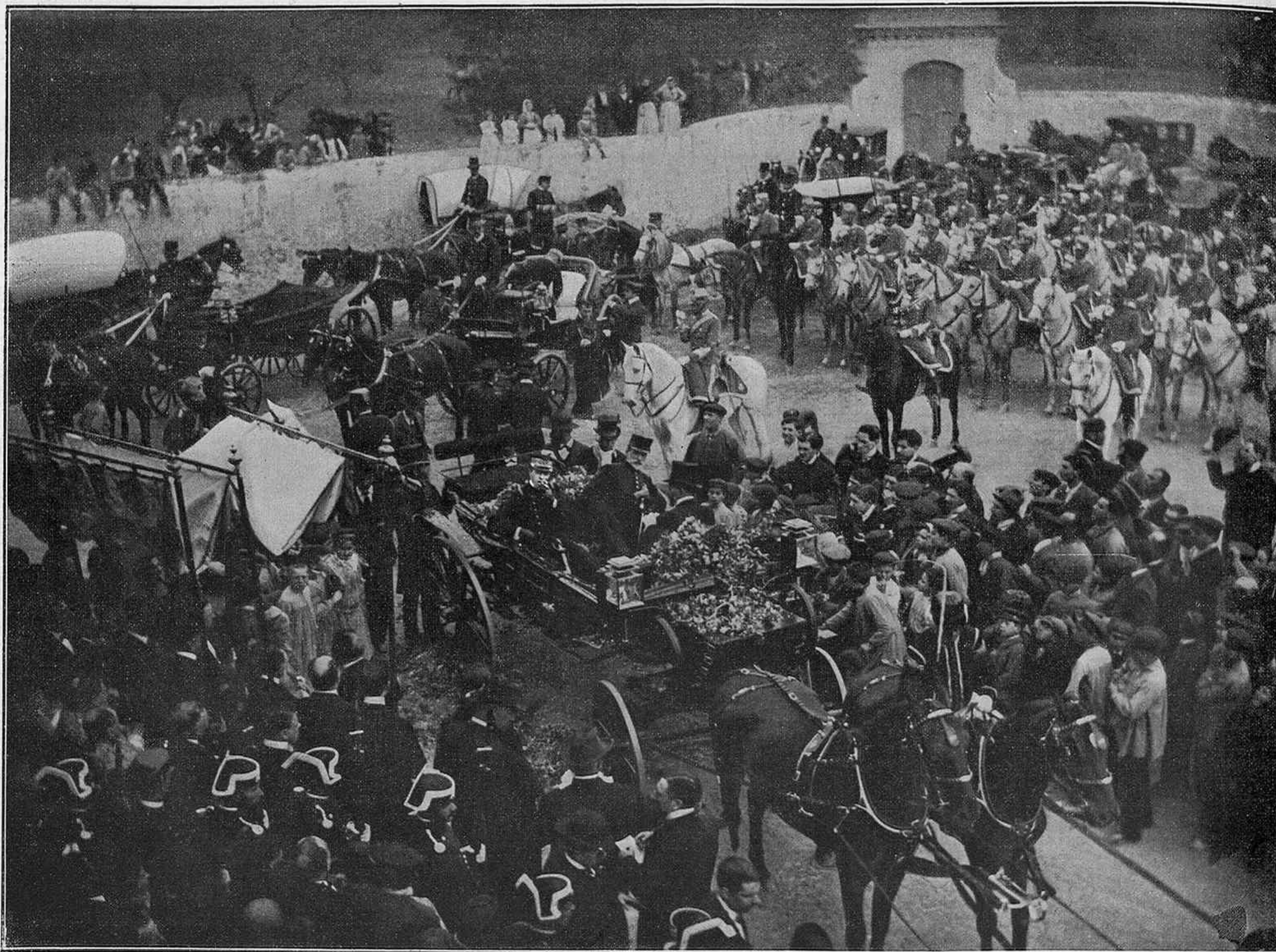
(Dibajo de Juan Tichy.)

NOGUERAS OLLER.

MAPA PARA SEGUIR EL CURSO DE LAS OPERACIONES DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA



EL TEATRO DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA Á VISTA DE PÁJARO. - A la izquierda, China; en el centro, la península de Corea; y a la derecha, el Japón. (De «The Graphic.» Reproducción autorizada.)



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN REUS. — Salida de S. M. de la ermita de Misericordia. (De fotografía de G. Puig. Fotografía Artística. Reus.)

#### VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

La falta de espacio y la sobra de materia nos obliga á ser muy breves en esta crónica, última del viaje de S. M. por Cataluña.

En la mañana del 13 embarcóse el rey en el *Giralda* con rumbo á Tarragona, adonde llegó á poco más de mediodía, dirigiéndose acto seguido á la Catedral y de allí á las Casas Consistoriales y al Puerto, para la colocación de la primera piedra del dique que se ha de construir. Terminado el banquete con que la Junta de aquellas obras le obsequió, hubo recepción de alcaldes de la provincia en el Ayuntamiento. Después visitó los museos, las antiguas murallas, la Cámara Agrícola y el convento de los cartujos, retirándose luego al *Giralda*.

A las diez y media de la mañana del día 14 llegó el tren real á Reus y S. M. se dirigió á las Casas Consistoriales, en donde se verificó la recepción, visitando luego la ermita de la Misericordia y algunas fábricas. Después del banquete del Ayuntamiento, visitó don Alfonso XIII el Centro de Lectura, el Patronato Obrero y la Cámara de Comercio, y á las seis regresó á Tarragona.

A las doce del día 15 entraba S. M. en Lérida, y después del correspondiente *Tedéum* en la Catedral, visitó la Casa de Misericordia, la provincial de Beneficencia, el Seminario y las Casas Consistoriales, saliendo á las dos y media para Manresa, en donde permaneció hasta las siete y media, visitando la Casas Consistoriales, la Seo, dos fábricas, la Escuela de Artes y Oficios y la Cueva de San Ignacio, y regresando luego á Barcelona.

En la mañana del 16 fué S. M. á los talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima, presidió el acto de la colocación de la primera piedra del edificio para el embarque de viajeros que se ha de construir en la Puerta de la Paz, visitó el Asilo Naval, el Club de Regatas y el Dique. Por la tarde estuvo en la España Industrial, en la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos y en el Hospital Clínico, y por la noche asistió al Palacio de Bellas Artes, en donde se verificó la recepción de Asociaciones obreras.

El día 17 verificóse la excursión á Villafranca y á San Sadurn de Noya. En la primera de estas dos poblaciones, S. M., después de haber oído misa en la

iglesia parroquial, dirigióse al Ayuntamiento, en donde se celebró la recepción, visitó el Centro Agrícola del Panadés, la Estación Enológica, y las bodegas de la casa Cortina y Compañía.

En San Sadurn de Noya, el Sr. Raventós, propietario de la grandiosa finca en donde se elabora el Champagne Codorniu, obsequió á S. M. y á todos los que formaban la comitiva regia con un espléndido almuerzo, terminado el cual recorrió el rey detenidamente los inmensos almacenes, bodegas y cuevas de la casa, viendo funcionar todas las secciones de la misma y mostrando su admiración por la importancia de la industria y por el estado de progreso y prosperidad á que el Sr. Raventós ha sabido elevarla. Por la noche, S. M., después del banquete dado en obsequio de las autoridades militares y primeros jefes de la guarnición, asistió á la recepción que en su honor había dispuesto el Instituto Agrícola Catalán de San Sadurn, que fué un acto brillantísimo y bajo todos conceptos importante.

El día 18, después de presidir la colocación de la primera piedra del edificio que ha de construirse en San Andrés de Palomar para el Ateneo Obrero, marchó S. M. á Sabadell, en cuyas Casas Consistoriales se verificó la recepción de autoridades, corporaciones y personas notables, terminada la cual procedióse, bajo la presidencia del Rey, á la colocación de la primera piedra del nuevo edificio destinado á Caja de Ahorros. Visitó luego S. M. el Centro de Fabricantes, en donde se había organizado una exposición de tejidos fabricados en la localidad, y algunas fábricas, saliendo á las tres y media para Tarrasa. Desde la estación se dirigió á la iglesia, en donde se cantó un *Tedéum*, y después de la recepción verificada en el Ayuntamiento, visitó el Colegio de los Reverendos PP. Escolapios, varias fábricas, la Escuela Industrial y el Circulo Egarense, regresando á las seis y media á Barcelona. Por la noche, en el grandioso salón de contrataciones de la Casa Lonja del Mar, que estaba artística y espléndidamente adornado y lleno completamente de distinguida concurrencia, celebróse la recepción de los representantes de la agricultura, del comercio, de la industria y de la navegación de nuestra capital, que fué un hermoso coronamiento de los festejos y solemnidades organizados en honor de D. Alfonso XIII.

A fin de evitar repeticiones, hemos dejado para el final consignar que en todas las localidades que dejamos mencionadas, el Rey fué recibido con grandes demostraciones de cariño y de entusiasmo.

En la mañana del 19 abandonó S. M. nuestra ciudad, embarcándose en el *Giralda* con rumbo á Mahón. La despedida que le ha tributado la población de Barcelona ha sido tan grandiosa como fué el recibimiento, y el espectáculo que en el acto de embarcarse el Rey ofrecían los muelles y el puerto era realmente indescriptible.

El viaje y estancia de S. M. en Cataluña se presta á muchas consideraciones que la falta de espacio y la índole de nuestro periódico nos impiden hacer; ello, empero, no ha de ser óbice para que tomemos nota de dos hechos evidentes y de importancia y trascendencia innegables: en primer lugar, la acogida que aquí se ha dispensado al joven soberano que ocupa el trono de España, habrá desvanecido recelos y preveniciones suscitados por quienes, obedeciendo á móviles que no hemos de discutir, pusieron especial empeño en presentar á los ojos del resto de la nación las legítimas aspiraciones del pueblo catalán como incompatibles con los sagrados principios á que todos rendimos culto; en segundo, Cataluña, por boca de los representantes de cuanto en ella vale y significa, ha podido hacer llegar directamente á oídos del monarca, en lenguaje franco y respetuoso, sus quejas, sus deseos y sus esperanzas, que S. M. se ha dignado escuchar con la mayor benevolencia.

¡Lástima que la premura del viaje haya impedido á S. M. apreciar á fondo lo que valen las localidades que ha visitado y otras muchas que por falta de tiempo no ha podido conocer!

Mas si, como es de esperar, vuelve pronto á visitarnos, si sus estancias en las provincias catalanas son frecuentes y prolongadas, podrá identificarse con nuestro modo de pensar y de sentir, y entonces verá cada vez más confirmado lo que ya ha podido comprender en su rápida excursión: que Cataluña cuenta con poderosos elementos de vida y de progreso; que cifra todo su bienestar en el trabajo intenso y continuado; que ama todo lo grande, todo lo levantado, todo lo noble, y que tanto ó más que ninguna otra región de España desea la prosperidad y el engrandecimiento de la patria común española.—S.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Conócense ya los detalles de la catástrofe del *Petropawlosk*, y de las noticias, así de origen ruso como de procedencia japonesa, resulta que la pérdida de ese acorazado fué independiente del combate naval que la precedió y ocurrió cuando éste había terminado con la retirada de los rusos.

He aquí el relato de lo sucedido, según los informes enviados al gobierno de San Petersburgo por el almirante Alexeief:

En la noche del 12 al 13, una división de torpederos rusos se encontró con otros torpederos japoneses, trabándose un combate que duró hasta las siete de la mañana. El torpedero ruso *Bezstrachny*, atacado por tres torpederos enemigos, se fué á pique, sin que pudiera llegar á tiempo de salvarlo el crucero *Bayan*, que salió de Puerto Arthur para acudir en su auxilio. Retiráronse los barcos japoneses al tiempo que se presentaba su escuadra y que abandonaba el citado puerto la flota rusa; simuló aquella una retirada y persiguióla la del almirante Makharof; pero habiendo éste visto que el enemigo recibía poderosos refuerzos, replegóse en la rada para situarse en posición de combate protegida por los fuertes. En aquel momento, el acorazado *Pobieda* chocó con un torpedo, cuya explosión le causó una grave avería, á pesar de lo cual pudo llegar al interior del puerto, y poco después el *Petropawlosk* se hundía con gran estrépito, sepultando consigo al almirante, á su estado mayor y á casi todos sus tripulantes.

El almirante Togo, á su vez, ha enviado al Mikado el parte oficial que á continuación extractamos:

«A media noche del 12 llegaron hasta la entrada de Puerto Arthur la cuarta y quinta escuadrillas de destroyers, la décimacuarta escuadrilla de torpederos y el vapor *Koyo-Maru* que, á pesar de los proyectores enemigos, colocaron varios torpedos en distintos sitios de la rada. En la madrugada del 13 la segunda escuadrilla de destroyers echó á pique á un destroyer y persiguió á otro que pudo refugiarse en el puerto. Cuando la tercera escuadra llegaba al puerto exterior, la flota rusa comenzó un ataque ofensivo, ante el cual retiróse aquella lentamente, atrayendo al enemigo á 15 millas fuera del puerto; en aquel momento, la primera escuadra japonesa, que se encontraba á treinta millas de distancia

oculta por la niebla, advertida por el telégrafo sin hilos de la primera, apareció repentinamente delante de la flota rusa y la atacó. Mientras los buques rusos trataban de ganar el puerto, un acorazado del tipo del *Petropawlosk* chocó con uno de los torpedos que habíamos colocado la noche antes y se fué á pique.»

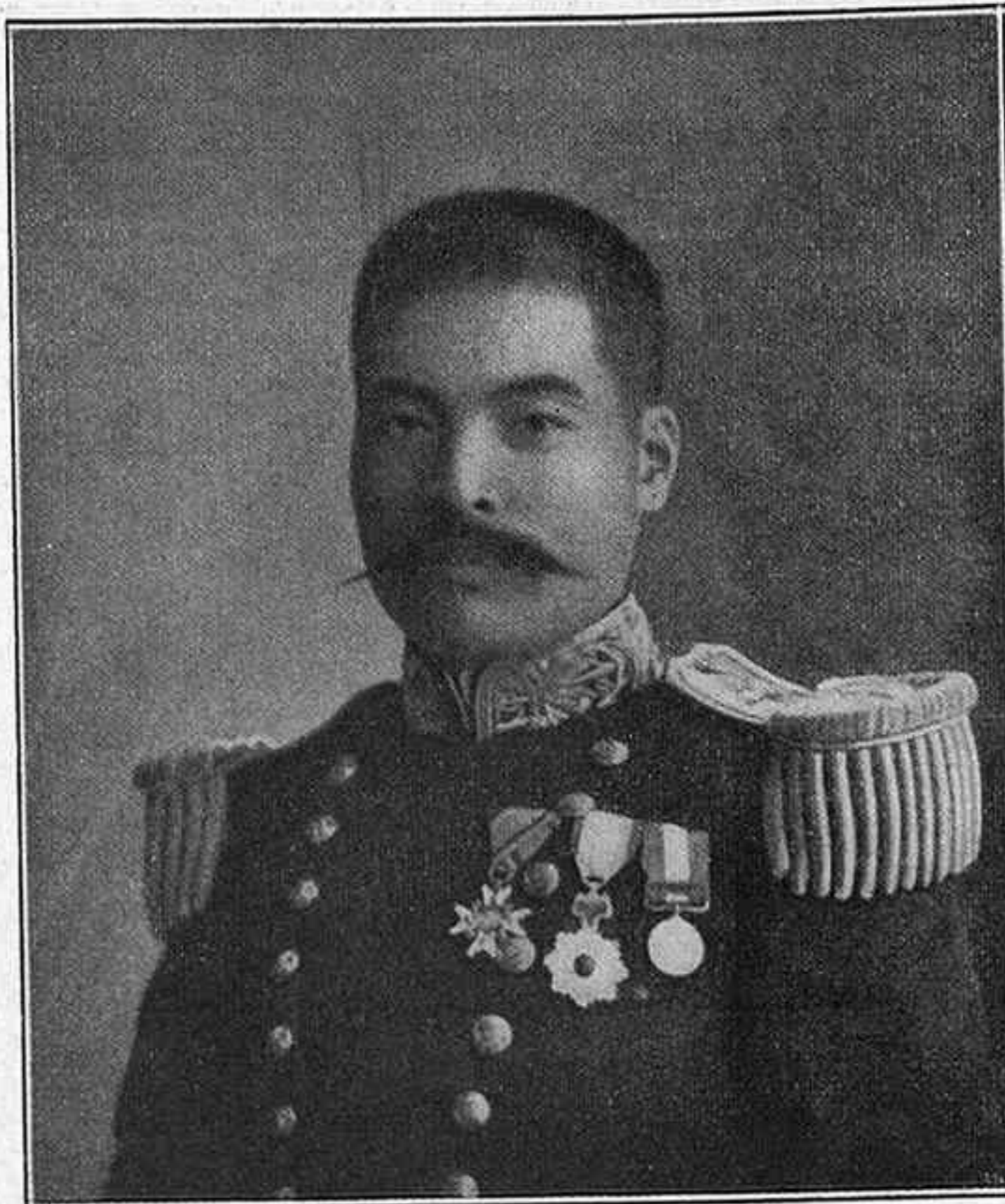
hundió con estrépito. El almirante Makharof yacía en sangrentado en el puesto de guardia; acerquéme á él para socorrerle, pero era demasiado tarde; el buque zozobraba y fué lanzado al agua.»

Estas tres detonaciones de que habla este maquinista demuestran que el *Petropawlosk* chocó, no con un torpedo, sino con lo que se llama un rosario de torpedos. Sólo así se explica también que un buque de menor porte, como es el *Pobieda*, no sufriera más que una avería á pesar de haber chocado también con una de esas máquinas de guerra.

Sea de ello lo que fuere, las consecuencias del combate del día 13 son fatales para los rusos, cuya escuadra forzosamente quedará inmovilizada en Puerto Arthur, dejando á los japoneses dueños absolutos de aquellos mares. Cierto que en un gran Consejo de guerra celebrado en San Petersburgo y presidido por el emperador se ha juzgado por unanimidad que á pesar de las dolorosas pérdidas sufridas por la escuadra rusa en Puerto Arthur, la situación general de las fuerzas rusas en el Extremo Oriente no ha experimentado cambio alguno, puesto que las defensas de la plaza, unidas á la poderosa artillería de los acorazados y de los cruceros, le dan una fuerza de resistencia considerable; pero la verdad es que, aparte de las pérdidas materiales, el efecto moral producido en Rusia ha sido grandísimo, y sabido es cuánto influyen en la guerra los estados anímicos de los pueblos beligerantes.

Como sucede siempre en tales casos, á los pesimismo exagerados de los unos, que ven en la jornada del 13 un golpe de muerte para los rusos, se oponen los optimismos exagerados también de los otros, que estiman aquel combate como un hecho lamentable, sí, pero sin ninguna importancia. Creemos que en esto, como en todo, la verdad está en el justo medio, y que ni los rusos pueden mirar con indiferencia la adversidad sufrida, ni los japoneses envalentonarse excesivamente por la victoria alcanzada; que al fin y al cabo no por ello ha de costarles menos apoderarse de Puerto Arthur, si es que tal es su propósito, ni verán disminuirse las dificultades con que han de luchar por tierra, no sólo para llegar al que probablemente será el verdadero teatro de las operaciones, sino además para entablar allí la lucha con los ejércitos acumulados por los rusos.

El día 15, á poco más de las nueve de la mañana,



El capitán HIROSE, de la marina de guerra japonesa. Murió heroicamente en el ataque contra Puerto Arthur del 27 de marzo, mandando la escuadrilla de buques incendiarios enviada para cerrar la entrada del puerto, y después de haber trabajado animosamente por el salvamento de las tripulaciones de aquéllos.

El resto del parte se refiere al bombardeo del día 15, del que luego nos ocuparemos.

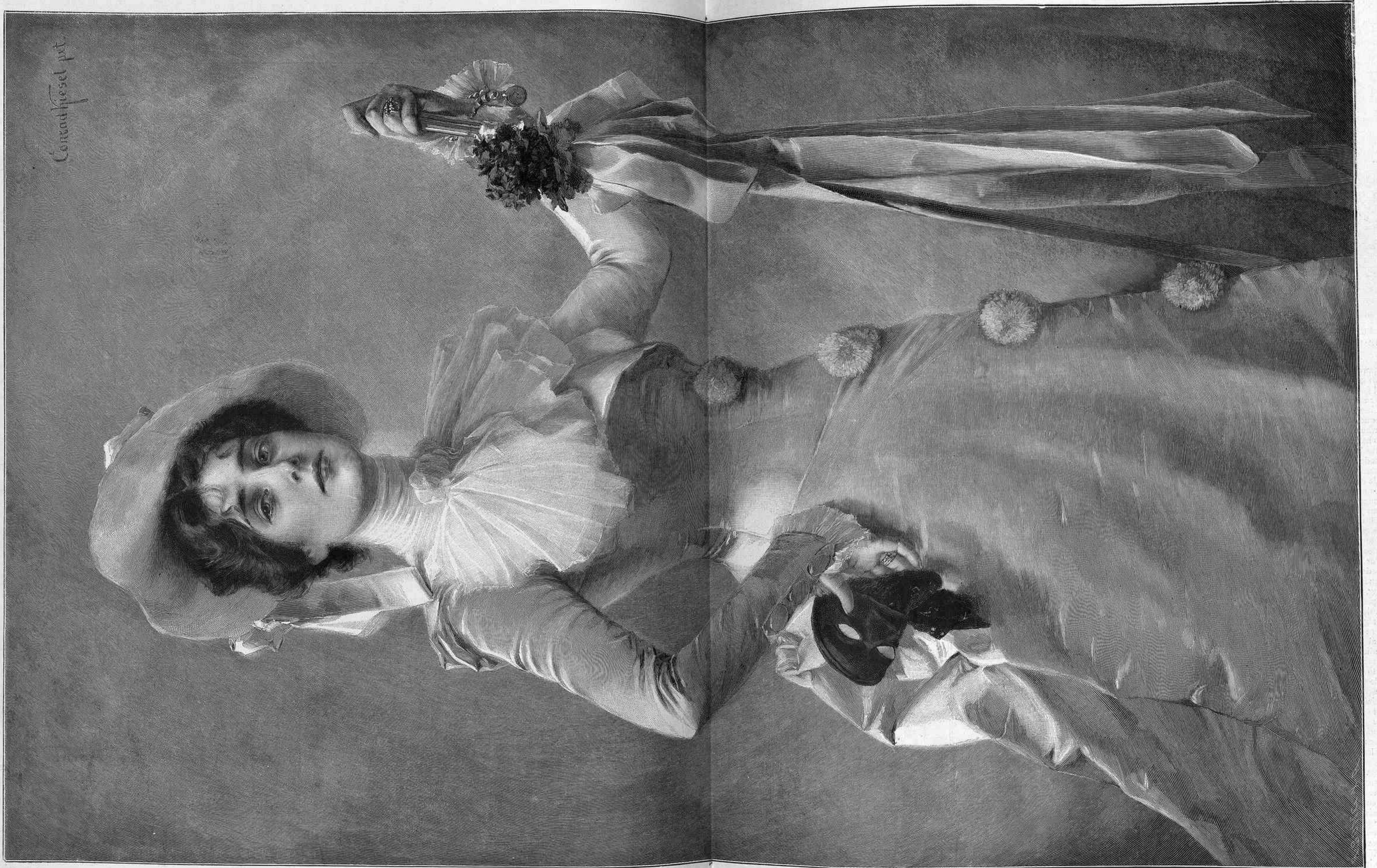
Completaremos los datos relativos á la pérdida del *Petropawlosk* con lo que un maquinista de este buque ha manifestado al corresponsal del diario ruso «Novoie Vremia» en el Extremo Oriente.

«Cuando el acorazado regresaba al puerto, oí de pronto en el puente tres detonaciones formidables. Una gran llamarada subió por los aires y todo se



GUERRA RUSO-JAPONESA. - AVANCE DE LOS JAPONESES EN COREA. FUERZAS JAPONESAS PASANDO EL VADO DE UN RÍO  
Dibujo de Michael, tomado de una fotografía de un oficial japonés. (Reproducción autorizada.)

MICHAEL  
1904



Conrad Kiesel pet.

PIERRETTE, CUADRO DE CONRADO KIESEL



la escuadra japonesa, compuesta de 14 buques, distribuidos en dos divisiones, bombardeó Puerto Arthur desde Liao-Te-Schan, habiendo disparado 185 proyectiles que causaron á los rusos cinco heridos y no ocasionaron daño alguno á la flota ni á la ciudad. Desde la rada y desde los fuertes los rusos contestaron al fuego enemigo, habiendo causado, según se dice, algunas averías en un buque japonés. Este ata-

ca y creen que tiene por objeto obligar á su soberano á que vaya á habitar el palacio de Kyun-Buk, á lo que el monarca se resiste por temor de verse allí perseguido por el fantasma de la reina asesinada.

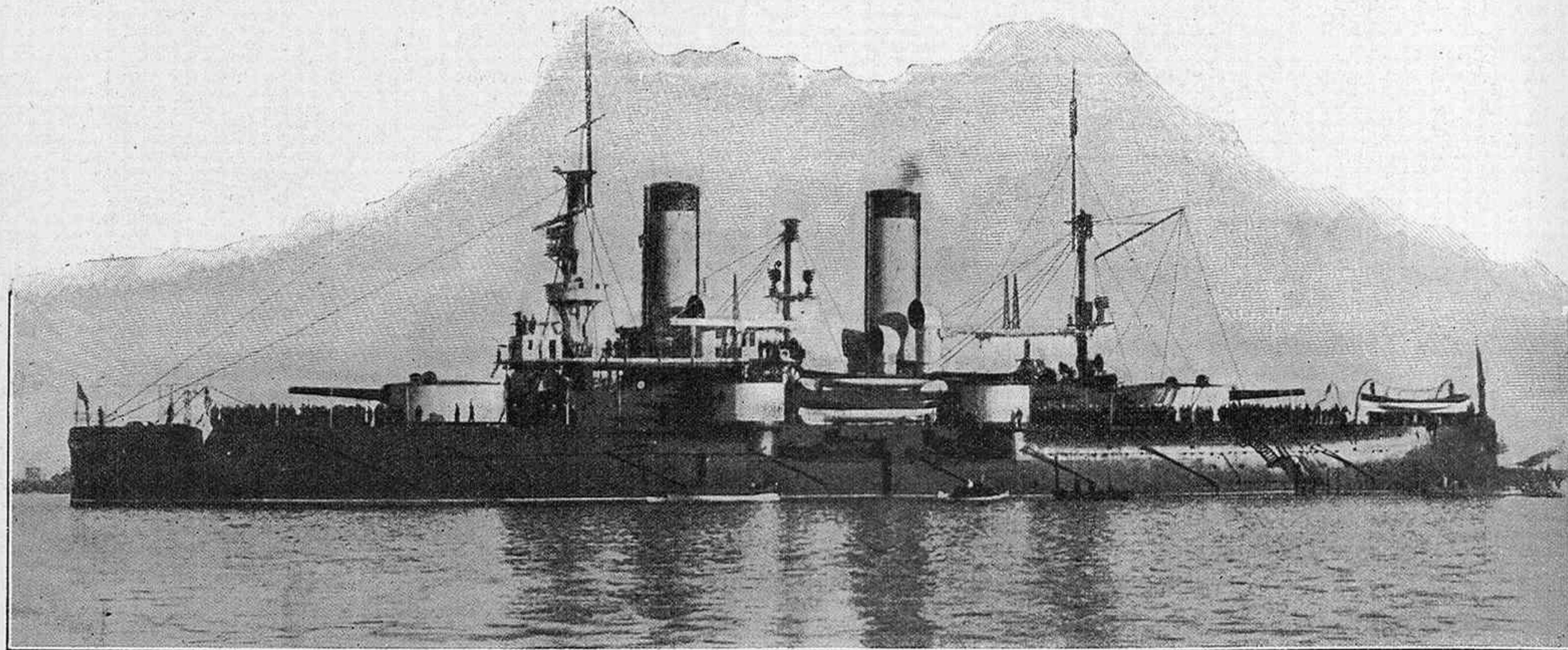
La actitud de China inspira ciertos cuidados, pues la manera como esta potencia observa la neutralidad no es la más á propósito para tranquilizar los ánimos. Las correspondencias de Pekín hablan de preparati-

anterior, y cuyo programa ha sido ejecutado de una manera irreprochable, habiendo valido á los concertistas grandes ovaciones.

**Necrología.**—Han fallecido:

Gustavo Adolfo Heinze, compositor alemán, autor de las óperas *Lorelei* y *Las ruinas de Tharandt* y de varios oratorios, misas, cantatas, himnos, sinfonías, etc.

F. A. Smitt, naturalista sueco, director del Museo de Historia Natural de Estocolmo, y compañero de Torell y de Nor-



GUERRA RUSO-JAPONESA. — El acorazado ruso *Petropawlosk*, destruido por un torpedo submarino el día 13 de los corrientes en aguas de Puerto Arthur. — Era uno de los mejores buques de la marina de guerra rusa; había sido botado al agua en 1894, tenía 112 metros de eslora, 21 de manga y 8'20 de puntal, y llevaba 57 cañones y cuatro tubos lanzatorpedos

que estaba previsto, porque era de suponer que el almirante Togo quería completar la victoria del día 13 asestando el golpe de gracia á la flota rusa; pero, en cambio, no se explica que, teniendo tal propósito, efectuara el bombardeo desde una distancia de doce kilómetros, que es la que media entre Liao-Te-Schan y Puerto Arthur.

Los rusos han ido evacuando paulatinamente toda la región situada al Oeste del curso inferior del Yalu, no conservando ni siquiera la plaza de Witjiú, porque han considerado con razón que la defensa de esta plaza, situada en la orilla izquierda de aquel río, ofrecería grandes peligros, no compensados por la importancia que pueda tener su posesión. La ocupación de Witjiú por los japoneses no tiene sino un interés relativo, pues los rusos, bien fortificados, como están, en Antung, siguen obstruyendo el único camino bueno que conduce de Corea á Mandchuria, y ocupan además fuertes posiciones en toda la margen derecha del Yalu. Por otra parte, y para evitar un posible desembarco de los japoneses en la desembocadura del Liao, tienen perfectamente artillados los fuertes de Newchang, cuentan con fuerzas suficientes para defender la plaza y han sembrado de torpedos la desembocadura del río y una parte del litoral.

Suponen algunos que los japoneses se detendrán en Corea y se fortificarán en esta península, comprendiendo al fin las dificultades de la guerra que han emprendido; pero no es de creer que puedan permanecer mucho tiempo en tal actitud, porque no se lo consentirán la situación política ni la situación económica de su país. Lo más probable es que, después de una parada en el Yalu para concentrar sus fuerzas, seguirán en su movimiento de avance para encontrarse lo más pronto posible con los rusos; y acaso en vez de atravesar el Yalu á viva fuerza, lo que les costaría grandes sacrificios, procurarán envolver á los rusos por el Norte. Y como los rusos no pueden, con las fuerzas de que disponen en la frontera mandchú-coreana, cubrir todos los puntos de paso del río en una longitud tan considerable, es seguro que los japoneses lo pasarán más ó menos tarde. El mal estado de los caminos, sin embargo, hará perder mucho tiempo á los japoneses, y esta es la circunstancia que más favorece á los rusos, para quienes el tiempo tiene excepcional importancia; en efecto, lo que más les conviene es ganar las pocas semanas que necesitan para disponer en el teatro de la guerra de una superioridad numérica indiscutible.

El palacio imperial de Seúl ha quedado destruido por un incendio, habiendo sido pasto de las llamas innumerables riquezas; el valor de las pérdidas sufridas es de quince millones de francos. El siniestro se cree que fué intencionado y ha producido gran impresión en el ánimo del emperador. Muchos coreanos atribuyen al accidente cierta significación políti-

vos precipitados y de movimientos de tropas hacia la frontera de la Mandchuria y dicen que en todas partes aumenta la agitación popular, excitada sobre todo por los desastres sufridos por la escuadra rusa. Por este lado podrían surgir complicaciones de incalculable trascendencia.—R.

**NUESTROS GRABADOS**

**Pierrette, cuadro de Conrado Kiesel.**—Es este un pintor conocido de antiguo de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en cuyas páginas hemos publicado varios de sus cuadros que componen la más admirable colección de bellezas. Conrado Kiesel ha hecho un estudio profundo de los tipos femeninos y su gusto exquisito le lleva á reproducir sólo aquellos cuya contemplación pueda ser grata á los ojos de los más exigentes; todas sus figuras se distinguen, no sólo por la hermosura de sus facciones, sino también por la gracia de sus actitudes, por la flexibilidad de sus cuerpos, en una palabra, por todos aquellos atractivos que en la mujer más se admiran. *Pierrette* no es mejor ni peor que sus demás obras; es como todas y por ende bellísima. De la ejecución nada hay que decir, que no en vano se ha conquistado el artista el título de maestro.

\*\*\*

**El hombre de oro.—Mariposas, cuadros de Luis Masriera.**—Pertenece el lienzo titulado *Mariposas* al grupo de composiciones de carácter decorativo que tan justos elogios merecieron de la crítica y del público al efectuar este distinguido artista la variada y copiosa exhibición de sus obras en el Salón Parés. Entonces, y con motivo de dar á conocer á nuestros lectores los cuadros denominados *La brisa del bosque* y *La brisa del río*, consignamos el lisonjero juicio que nos merecían é hicimos constar la tendencia razonada que observábamos en aquellas producciones. Al mismo género pertenece la que hoy reproducimos en estas páginas, distinguiéndose asimismo por el buen gusto que revela y por la fusión armónica de la fantasía con la realidad, subordinado el todo á una gradación justificada, que completa el concepto decorativo. De un género muy distinto es *El hombre de oro*: aquí la fantasía del artista, abandonando los dulces ensueños poéticos, ha trazado una página de un vigor y de una fuerza sugestiva extraordinarios. El símbolo de la riqueza hállase admirablemente figurado por ese hombre de maciza corpulencia, de faz embrutecida, de miembros sin gracia, de pesada actitud; y la multitud de adoradores que acuden humildemente á rendirle tributo, expresa de una manera acabada la sed de oro que á la humanidad abrasa y que á tantos impulsa á cometer bajezas cuando no crímenes.

**MISCELÁNEA**

**Teatros.—Barcelona.**—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Via-cruce*, drama en cuatro actos de Ignacio Iglesias, y *La morta*, cuadro dramático en un acto de Pompeyo Crehuet; en el Principal *Pascual Cordero*, comedia en tres actos arreglada del francés por el Sr. Fernández Vahamonde; y en el Eldorado *La última copla*, zarzuela en un acto y cinco cuadros de los Sres. Jackson Veyan y Plaza, música del maestro D. Pascual Marquina. En el Liceo ha dado dos representaciones el celebrado tenor Sr. Caruso, cantando en ambas la ópera de Verdi *Rigoletto*, en la que ha obtenido muchos aplausos. En la «Asociación Wagneriana» se ha celebrado el concierto del famoso «Cuarteto tcheque» que anunciamos en el número

denkjold en las expediciones polares por éstos realizadas en 1861 y 1868 respectivamente.

María Stiiler-Walde, pintora alemana.  
Leslie Stephen, célebre crítico y filósofo inglés, profesor de la Universidad de Cambridge y autor de varias obras importantes.

Alfredo, conde de Waldersee, uno de los más ilustres generales alemanes.

Moisés Bianchi, pintor italiano, profesor hasta 1900 de la Academia de Bellas Artes de Verona.

Luis Geiger, escultor bávaro.

Rodolfo Müller, pintor austriaco, conservador de la Comisión central de Monumentos artísticos é históricos.

Herminia Wunsch, pintora austriaca.

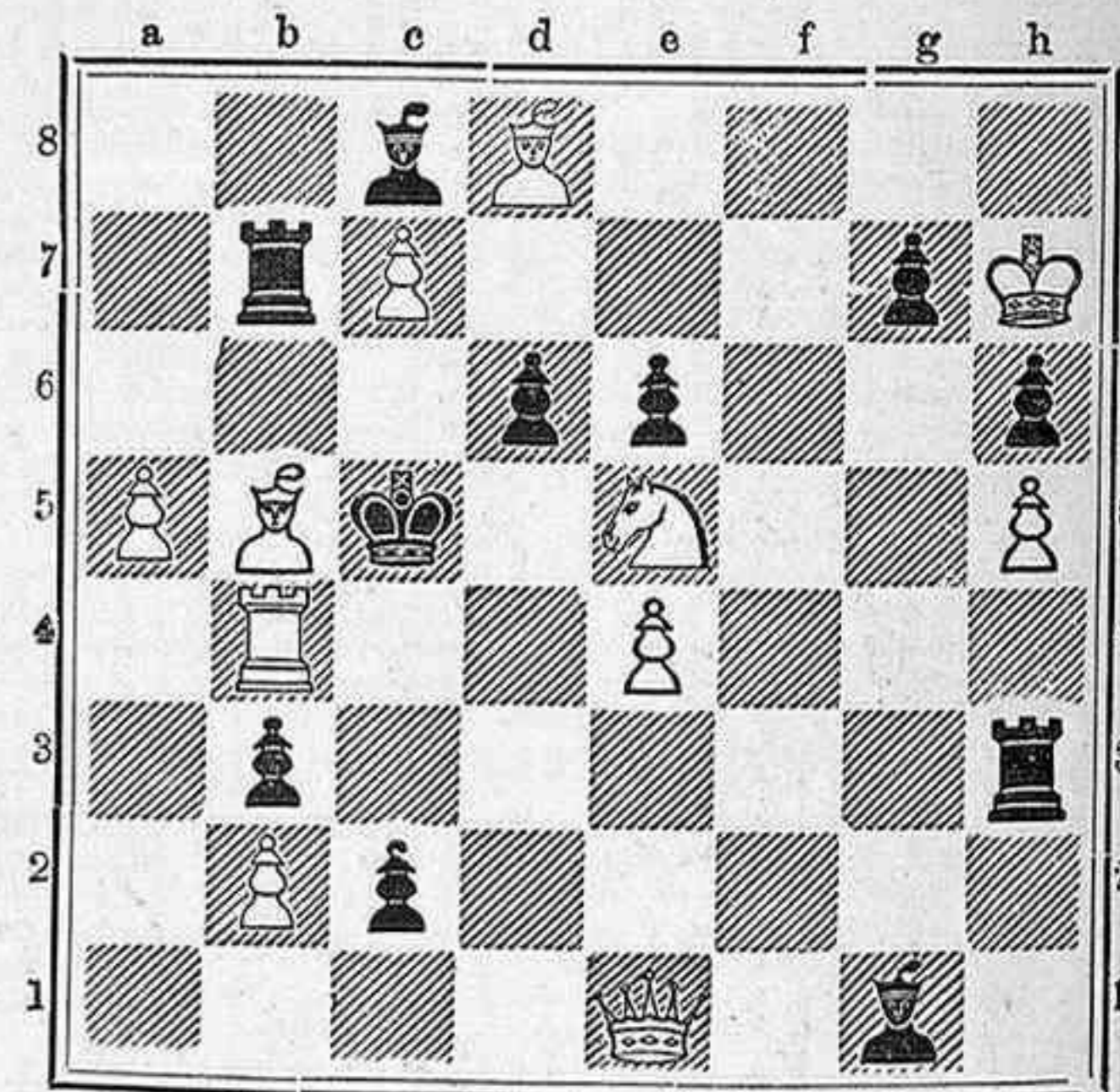
Dr. Alejandro Stuart Murray, arqueólogo escocés, conservador de las antigüedades griegas y romanas del «British Museum», autor de una *Historia de la Escultura griega* y de un *Manual de Arqueología griega*.

**EXTRA-VIOLETTE** Véritable Parfum de la Fleur. VIOLETTE, 29, B<sup>e</sup> Italienne, Paris

**AJEDREZ**

PROBLEMA NÚMERO 362, POR F. MÖLLER.

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

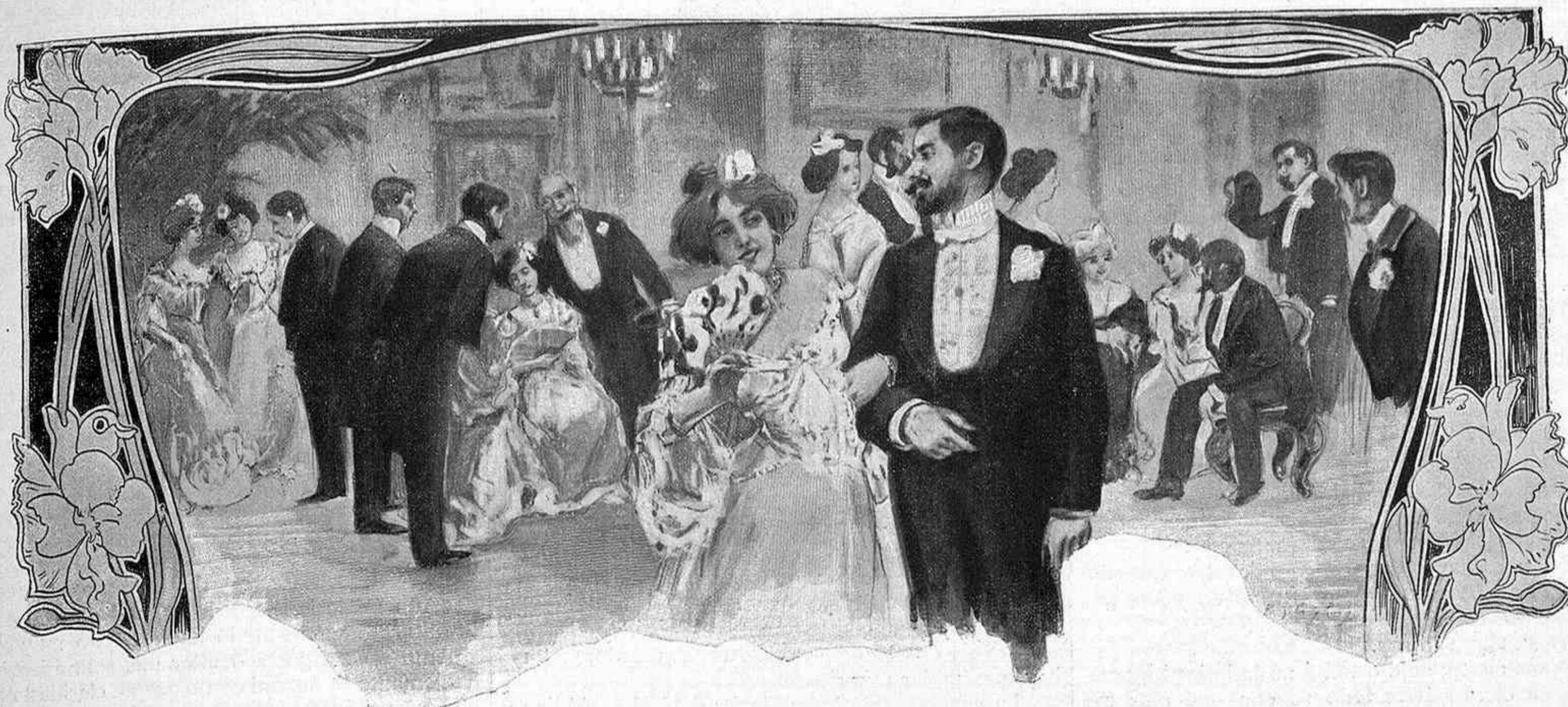
Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 361, POR F. V. HOLZHAUSEN.

- |                             |                |
|-----------------------------|----------------|
| Blancas.                    | Negras.        |
| 1. Dh7-g8                   | 1. Ra2-b2      |
| 2. Dg8xb3 jaque             | 2. Cualquiera. |
| 3. g7-g8 (D) ó Db3-c2 mate. |                |

**VARIANTES.**

- 1.... Ra2-a1; 2. Dg8xb3, etc.  
1.... Ra2-b1; 2. Dg8xb3 jaq., etc.



Como lo digo; allí la tiene usted; mire usted al Sr. D... cómo le va alrededor

## LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. — ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

—»Búrlese usted cuanto le plazca, pero si quisiera usted ser franco conmigo, no me contestaría con bromas.

—»Pues pregunte usted: la escucho.

—»¿Me promete usted ser sincero?, dijo después de una pausa, mudando rápidamente de actitud y de acento con la volubilidad llena de gracia que le era propia.

—»Lo prometo.

—»Leticia tiene algo conmigo.

—»Que yo sepa, no.

—»Pues debe usted saberlo, porque es usted precisamente la causa de ello.

—»He dicho á usted que no sé nada: debe usted creerme.

—»Entonces es usted la causa sin saberlo.

—»Me da usted miedo.

—»¡Vuelta á las bromas! ¿Se atreverá usted á negar que me aborrece, que le soy antipática, que no puede usted sufrir mi presencia?

—»Me quedé tan aturdido al oír aquel lenguaje inesperado, pronunciado entre broma y veras, que no supe qué contestar.

—»La miré sonriendo; sus miradas me interrogaban, destellando una luz llena de malicia; sus labios entreabiertos sonreían con sonrisa provocadora que contrastaba con el acento de dulce reproche con que había pronunciado sus palabras.

—»Ya ve usted cómo no lo niega, cómo no puede negarlo; pero yo quisiera que lo confesara usted claramente, tal como se lo pregunto.!

—»¿Qué quiere usted que confiese?

—»Que le soy antipática, que no me puede usted sufrir, que turbo su tranquilidad, que no me puede usted perdonar lo que quiero á Leticia, porque se cree usted en el derecho exclusivo de quererla, y porque está usted celoso de que ella corresponda á mi cariño. Confiese usted que es verdad todo esto.

—»Todo eso era verdad; pero no lo era en modo alguno el que me fuese antipática, y en aquel momento sus atractivos adquirían de su dulce y justo enojo un aspecto tan simpático á mis ojos, que yo podía jurar con la conciencia tranquila que no había nada de verdad en lo que me decía. Así lo hice, y con tanta franqueza, que la bella dama quedó satisfecha.

—»Le creo á usted; quiero creerle; quiero ser su amiga, como quiero que sea usted mi amigo.

—»Y cogiéndome una mano y estrechándola entre las suyas añadió:

—»Queda firmado el pacto; quírame usted como yo le quiero.

—»Luego prorrumpió en una leve carcajada y me volvió las espaldas con un movimiento lleno de coquetería.

—»Yo la contemplaba sin ocurrírseme una palabra: aquel espectáculo de lánguida afabilidad y de gracia cariñosa me hacía parecer tan seductora la amistosa familiaridad que se me proponía, que no supe qué contestar.

—»La hermosa señora advirtió quizás mi embarazo, porque se volvió, estuvo un momento como vacilante, y luego, encogiéndose de hombros, se acercó á mí y me dijo á media voz:

—»En confianza, no se ofenda usted: tenía necesidad de decirle cuanto le he dicho, no por usted, que no me importa nada, sino por mi pequeña Leticia, cuyo cariño me importa muchísimo.

—»Laura me devolvía con aquellas palabras mi imperio sobre mí mismo.

—»Muchas gracias, le dije en tono de broma.

—»Lo ha merecido usted.

—»Es cierto, lo he merecido.

—»En aquel momento entró Leticia: ¡cuánto más bella me pareció la tímida dulzura de su rostro infantil!

\* \* \*

—»Aquella franqueza, no obstante, me había vencido; y desde aquel día la señora Albruzzi no hubo de temer en mí el celoso rencor de un rival poco sufrido. Resignado á pasar por su amistad y casi dispuesto á compartirla, me preparé á aceptar sus consecuencias; de antemano sabía lo que me esperaba, y á la verdad, me atemorice; nuestra venturosa soledad, la grata sencillez de nuestras costumbres, la inalterable parsimonia de nuestras necesidades, que jamás traspasaban el límite de nuestros medios, la intimidad conyugal nunca interrumpida por conveniencias importunas, todo esto, si no era destruido, era amenazado por la amistad de la buena Laura.

—»No pasó mucho tiempo sin que viera realizados mis temores uno por uno; hubo tertulias familiares en casa de Albruzzi, á las cuales no se podía dejar de concurrir sin faltar á los deberes de la amistad; luego hubo que contraer nuevas relaciones por casualidad, que recibir y devolver visitas so pena de parecer osos mal criados, y á continuación de esto venían los trajes, los adornos y otras cien majaderías que se conjuraban para violar en nuestra casa la ley del equilibrio de los ingresos y los gastos.

—»Leticia no lo notó al principio; decía que no se trataba sino de su buena Laura; y cuando lo echó de ver, ya no era tiempo de arrepentirse.

—»Por fortuna, yo había tomado mi resolución; y cuando mi esposa me habló por primera vez, asustada de la gravedad de los gastos de que Laura había sido causa inocente, yo la tranquilicé diciéndole que

en adelante volvería á ejercer mi profesión para ganar algún dinero, pues ya era tiempo de salir de la ociosidad.

—»Yo decía «de la ociosidad» y pensaba «de la tranquilidad.»

—»Pronto encontré ocupación en las cercanías de Lugnano como ingeniero-arquitecto, y empecé mi vida anterior sin entusiasmo, pero con un valor melancólico, hijo de la conciencia de cumplir con mi deber.

—»En las largas horas de ausencia de mi casa, exigida por mis ocupaciones, me acompañaba—gran consuelo para la pena de una separación insólita—la idea de que Leticia no se quedaba enteramente sola, que tenía á su lado una amiga y que la expectación le parecería menos larga; pero estos mismos pensamientos me privaban de gran parte del contento del regreso, y me decía con tristeza que tal vez ella no me aguardase ya con la ansiedad de otras veces, y que no habría estado pensando siempre en mí, en mí solo.

—»La necesaria frecuencia de aquellas separaciones dolorosas engendró la costumbre, y la costumbre nos fué quitando poco á poco el disgusto. Así, pues, como primera prenda de su fatal amistad aquella mujer había logrado separar lo inseparable, á dividir en dos partes el tiempo de nuestra existencia, una para la vida y otra para nuestro amor.

—»Nuestras necesidades aumentaban de día en día, y naturalmente, la parte de tiempo dejada para nuestro amor se reducía diariamente. Mas á pesar de las contrariedades de las ocupaciones y de las que nos causaba la nueva amiga, nunca dejábamos de disponer de un cuarto de hora de absoluta intimidad para revivir con deleite en nuestro pasado y representarnos la imagen viva de nuestra felicidad, á la cual sentíamos instintivamente la necesidad de aferrarnos para resistir al mundo que quería el diezmo de nuestro amor.

—»Pero el mundo se había introducido entre nosotros; el vacío del corazón producido por la separación se había ido llenando insensiblemente de una porción de pequeños cuidados y de pobres vanidades que imperaban como tiranuelos y á los cuales era forzoso obedecer en obsequio del mundo. El altar de nuestro amor estaba intacto todavía, pero la profanación había penetrado en el altar de la familia.

—»Así lo veíamos sin atrevernos á confesarlo á nosotros mismos; algo de nosotros, algo de nuestro corazón había quedado en manos de los sacrílegos. Nuestro horizonte se había dilatado, rebasando las paredes de nuestro templo; pero nuestro corazón se había empequeñecido á la idea de que en la vida pudiera haber algo que no fuese nuestro amor.

«A consecuencia de la conversación sostenida con la señora Albruzzi, nuestras relaciones adquirieron un carácter de familiaridad placentera y burlona, de que ella hacía gran uso, como para reivindicar la parte de familiaridad que yo le había cercenado hasta aquel día.

»Mi proceder frío y severo había herido en su cuerda más sensible, en su amor propio de mujer; le era necesario tomar un desquite, y para ello se valía de todas las astucias y coqueterías femeniles. Yo lo advertía, pero sin atribuirle otra causa que el deseo inocente de agradar por todas sus dotes de alma y cuerpo. Hasta entonces yo solo no había reparado, ó había fingido no reparar, en que era hermosa; le era preciso hacerme reconocer ostensiblemente mi ceguera, obligarme á pagar también mi tributo de admiración; era lo más y lo menos que podía hacer mi rudeza para darse por vencida, y Laura tenía empeño en conseguirlo.

»Así lo reflexionaba yo muchas veces, y en tanto, sin notarlo, iba cediendo á la lisonjera consideración de verme objeto de tantas tretas.

»En cierta ocasión, me dijo bromeando:

—»Por más que se defiende usted, estoy empeñada en que acabe usted por quererme un poco, por ser mi amigo sincero.

—»Hasta ahora lo soy.

—»No es cierto; deje usted á un lado las hipocresías; no es cierto: demasiado sé con qué ojos me mira usted.

—»No tiene usted razón, y esas sospechas son una ofensa hasta para usted misma.

—»Buenas palabras no le faltan: míreme usted bien cara á cara.

»La miré riendo.

—»Prométame que el día que haya cesado de ser para usted lo que soy, me lo dirá francamente.

—»Siempre será usted la misma para mí.

—»Si se empeña usted en ser terco, desde ahora le digo que es usted injusto.

—»No es terquedad; pero siempre será usted la misma.

—»Es un cumplimento; dígalos usted francamente de una vez.

—»No, no es cumplimento.

—»Pues yo creo que sí.

—»Quiero decir que nunca dejará usted de ser para mí la amiga de Leticia y por consiguiente la mía.

—»¿Por eso?.. Está bien; pero por más que diga usted, todavía no soy una amiga para usted, y si quiere usted ser franco, confesaré que media una circunstancia que me hace antipática para con usted y es...

—»¿Cuál?

—»El cariño que me tiene la pequeña Leticia.

»La pequeña Leticia (me expreso así porque la señora Albruzzi no la llamaba de otro modo) solía ponerse de parte de su amiga más bien que de la mía, cosa natural porque á sus ojos yo era injusto y la buena Laura generosa.

»Recuerdo que un día en que estábamos los tres reunidos en la salita que daba al jardín, después de versar la conversación sobre varios asuntos, tomó un giro en que no siempre se dejaba bien parado al prójimo; la señora Albruzzi fué pasando con gracia revista á todas sus conocidas y de cada una tenía algo que decir; Leticia la escuchaba interrumpiéndola de vez en cuando con una alegre carcajada, y yo me mantenía aparte fingiendo leer un periódico.

—»Te olvidas de hablar mal de mí, dijo Leticia con la franqueza bromista que le era natural.

»La observación me pareció tan oportuna y tan merecida, que levanté la vista y sorprendí en el rostro de mi esposa un sonrojo fugitivo.

—»Tú tienes una falta más fea que todas, respondió la hermosa dama sin rencor, una de esas faltas que la maledicencia no sabe perdonar, y es que á ti no se te puede censurar por nada. No, de ti no se puede hablar mal, amiguita mía, añadió con voz cariñosa.

»Y echándole los brazos al cuello, le dió un beso en la frente.

»Aquella ternura tenía tales apariencias de sinceridad y me tocaba tan de cerca, que me conmovió; y la vista, respondiendo al impulso del corazón, se fijó en el rostro de aquella mujer, cuya maravillosa belleza me había hecho desconfiar hasta entonces de su corazón.

»Aquellas dos caras juveniles, sonrosadas, que se sonreían una á otra, presentaban un contraste tan marcado, que la mirada tenía forzosamente que fijarse en ellas, comparándolas. Eran dos bellezas antitéticas que se favorecían, se mejoraban mutuamente. Leticia no era en absoluto pequeña, pero se convertía verdaderamente en la «pequeña Leticia,» compa-

rada con la señora Albruzzi, la cual tenía algo de las matronas romanas. El rostro soberbiamente bello de Laura hacía parecer más infantiles las facciones de Leticia, y la fascinadora languidez de sus grandes ojos azules añadía luz á los negros ojos brillantes de su amiga.

»Este tácito estudio de ambas hizo que me fijara más de lo que hasta entonces lo había hecho en la belleza estatuaria de las formas de la señora Albruzzi. ¡Era hermosa, verdaderamente hermosa!

—»Ya que me mira usted con tanta insistencia, me dijo Laura de pronto, ¿con qué ojos me mira usted hoy?

»Cogido de improviso, me puse colorado como si me hubieran sorprendido cometiendo una falta, y me vi muy apurado para contestar.

—»¿No me lo quiere usted decir? Veo que es usted muy obstinado, y esa obstinación es poco lisonjera para mí.

»Respondí algo contrariado que toda la obstinación estaba de su parte por el empeño de que le guardase un rencor nada razonable; y como estaba convencido de lo que decía, deseché mi acostumbrada timidez y hablé con acento firme que daba á mis palabras el vigor del reproche.

»Entonces fué ella la que se ruborizó.

—»Sois dos locuelos, dijo Leticia riendo; ¡ea!, no hay que hablar más de eso.

»La conversación languidecía; dejé el periódico y me asomé á la ventana, y luego, casi inadvertidamente, salí de la sala y bajé al jardín.

»Bullían en mi cabeza cien ideas novísimas. Empezaba á comentar la extraña conducta observada por la señora Albruzzi conmigo y su proceder hostil y agasajador al mismo tiempo; un envanecimiento, desechado en vano, se abría paso á través de mi vanidad.

»Sentéme en un banco, bajé la vista al suelo y me puse á trazar semicírculos en la arena con una varita.

»Me había embebido tanto en mis fantásticos pensamientos, que no advertí que anohecía, cuando de pronto sentí que dos manos afiladas me tapaban los ojos. Estremeciéronse todos mis miembros; busqué con las manos detrás de mí y tropecé con dos brazos mórbidos y frescos; adiviné quién era, pero no tuve ánimo para decirlo, y mi turbación era tan grande y tan nueva, que temía revelarla si pronunciaba una sola palabra; una sensación de amarga voluptuosidad me agitaba todas las fibras; mi estado era penoso y dulce á la vez; me infundía miedo aquella sensación y casi inconscientemente prolongaba su dulzura y su disgusto.

—»¡Leticia!, exclamé poco después, equivocándome á sabiendas.

»Dos carcajadas me respondieron y mis ojos quedaron libres. Volvíme: la señora Albruzzi estaba detrás de mí y Leticia á su lado...

»Yo no había pensado en la complicidad de mi esposa en aquella broma: al verla, se me encendieron las mejillas de rubor.

\* \* \*

»Este hecho insignificante presentó á mis ojos un aspecto gravísimo; pues por él, las dudas y los temores que creía haber sepultado para siempre en la calma de mi corazón, sacaron la cabeza de su sepulcro.

»Una idea insistente aparecía á cada momento abriéndose paso al través de la obscuridad de mi pensamiento sin que me atreviera á mirarla de frente y arrostrarla con ánimo resuelto, rompiendo su pavorosa fascinación: aquella mujer, aquella bellísima mujer, ¿estaría enamorada de mí?

»Esta idea era tan nueva, tan inverosímil, que me parecía sugerida por una vanidad culpable, haciendo que la conciencia me remordiera acerbamente. Yo no abrigaba la seguridad de que un deseo disimulado no me presentase aquella imagen, no estaba cierto de que mis sentidos no fuesen cómplices de aquella primera tentación del pensamiento. De suerte que, en vez de responder á aquella pregunta, de analizar sus consecuencias y de consultar desapasionadamente mis fuerzas, creí más prudente apartar la vista de ella y echar toda la culpa á mi vanidad.

»Era un sentimiento virtuoso que servía de disfraz á una debilidad; entonces no echaba de ver que, precisamente porque la vanidad había concebido aquella sospecha, me encontraba ya á medias en brazos de la culpa, y desde entonces necesitaba todo mi vigor para resistir.

»Pero ¿cómo advertir todo esto? ¿Cómo concebir mi debilidad sin profanar con el pensamiento el amor de mi pobre Leticia?

»A fuerza de no querer pensar en la señora Albruzzi, pensaba siempre en ella; á veces, después de un largo olvido de mí mismo, me sorprendía frente

á frente de aquella imagen, y me apartaba de ella con una especie de horror, sin saber resolverme á arrancar la máscara de mis sentidos cobardes. Me separaba de ella con ímpetu, volviendo las espaldas bruscamente á mi demonio, y tornaba á él sin notarlo; los tortuosos senderos de aquel laberinto me hacían ir á parar siempre á la misma idea.

»A mi obstinación en querer cerrar los ojos para no ver el mal, se sobreponía el instinto que me sugería los remedios. Empecé naturalmente por huir de las ocasiones de encontrarme con la señora Albruzzi, por mostrarme más frío en su presencia; pero las ocasiones eran demasiado frecuentes, y observé que, queriendo parecer frío, corría gran riesgo de no saber cómo portarme.

»El único antídoto de aquel veneno que empezaba á circular por mis venas, lo llevaba en mí; el amor de Leticia era mi defensa natural y le entregué confiado mi corazón.»

## XIX

El marido. — Borrasca

«Aún no le he hablado á usted del Sr. Albruzzi; su natural ligereza me lo había hecho muy enojoso, y como no me gusta ocultar mis sentimientos, probablemente le mostré con bastante claridad el efecto que me producía; pero él nunca lo notó, y había continuado con su jubilosa ingenuidad diciéndose amigo mío y asegurándose que le era muy simpático.

»Como tenía muchos negocios en la Bolsa, se ausentaba de Lugnano con frecuencia y á veces por bastante tiempo, cosa de la que nadie se cuidaba. Su mujer le mostraba marcada indiferencia, y hablaba de él con desdén ó no hablaba, que era lo más regular.

»El Sr. Albruzzi era esclavo de las exigencias de su mujer; pero observando que esto no le dejaba en muy buen lugar ante la gente, afectaba ser hombre de aventuras, y por no mostrarse nulo se decía libre, suelto, «sobre todo suelto.»

»Más de una vez me había dicho:

—»Querido Sr. Luciano, debe usted venir con más frecuencia á mi casa; sé muy bien que su carácter es muy diferente del mío, que nuestros gustos son opuestos; pero los hombres de talento lo concilian todo, y no hay obstáculo que no sepan allanar cuando se trata de cimentar, digo yo, una amistad duradera. Aquí me tiene usted: me ofrezco en cuanto valgo; también tengo mis defectillos; pero la juventud sabe perdonar, y además el fondo es bueno, sólido.

»Yo estaba dispuesto á creer que tenía un fondo excelente; pero aquellos discursos llenos de palabras huecas, y sobre todo su fatuidad, que tan mal se avenía con su aspecto exterior, me eran absolutamente insoportables, por lo cual no pudo estrecharse mucho nuestra intimidad.

»El continuaba, á pesar de todo, apelando á nuestra amistad y haciendo gala de una familiaridad para la que yo no le había autorizado. Una cosa me había pasado inadvertida en él, y era su excesiva galantería para con mi Leticia.

»Cierta día, con motivo del tercer aniversario de nuestra boda, Leticia quiso convidar á su buena Laura á pasar el día con nosotros. La hermosa dama vino antes del mediodía y obsequió á su amiga con un beso y un ramillete de flores; un cuarto de hora después se presentó un criado trayendo, de parte del Sr. Albruzzi, un enorme ramo y un medallón de oro, en el cual estaban grabadas las iniciales entrelazadas de nuestros nombres.

—»¿Está tu marido en Lugnano?, preguntó Leticia confusa.

—»Ha llegado esta mañana de Milán, contestó la señora Albruzzi riendo; traía un cesto misterioso, y no ha habido modo de que yo pudiera enterarme de lo que contenía.

»Yo estaba cohibido y no sabía cómo contenerme, cuando oímos en la habitación contigua pasos como de quien anda á saltitos y una voz que pedía permiso para entrar.

—»¡Mi marido! Lo habría jurado: lo mejor que puedes hacer, pequeña mía, es mandar añadir un cubierto, porque mi marido tiene galanterías feroces y se convidará á almorzar.

»El Sr. Albruzzi entró con aire de triunfo y de propia satisfacción que le rejuvenecía en diez años: ¿cómo no agasajar al hombre que se cree de tanto valer? Le rogué que se quedara á almorzar con nosotros, y se quedó.

»Aquel aniversario empezaba mal á mis ojos; yo recordaba con envidia el del año anterior, en cuyo día nos habíamos sentado íntimamente á la mesa Leticia, la mamá Ersilia, yo y nadie más.

»A pesar de mis escrúpulos y de mi mala voluntad,

se pasó el día alegremente; Laura se reía de su marido y comunicaba su hilaridad á Leticia, y el señor Albruzzi aplaudía sus propias ocurrencias y su ingenio, cuya vena, digo yo, le parecía inagotable.

»Durante el almuerzo, mis miradas se habían encontrado muchas veces con las de Laura, pero supe sostener su fuego sin vacilar; tenía cerca los ojos serenos de mi Leticia que me hablaban del pasado, y evocaban los fantasmas que habían habitado en nuestra casa y me hacían una promesa indefinida de amor.

»A los postres, el pie de la bella dama tropezó con el mío; no lo retiró, y temeroso de ofenderla, tampoco lo retiré. ¿Era descuido? ¿Era propósito deliberado? La miré á hurtadillas y vi que me miraba.

»Cuidado, querido Luciano, mucho cuidado, me dijo sonriendo, que mi marido está galanteando á su mujer de usted; mi marido es hombre peligroso; merecería que nos vengásemos; ¡ea, Luciano, hágame usted la corte; venguémonos!

»¡Ja, ja! ¡Magnífico..., buena idea!, exclamó el Sr. Albruzzi riendo.

»Y todos nos echamos también á reír.

»Bebo á la salud de los esposos, dijo en seguida el Sr. Albruzzi apurando la copa, y también á la nuestra; pero nuestro tálamo no celebra ya fiestas, nuestro casamiento no tiene aniversario, ¿verdad, Laura? No somos dos palomitas como vosotros; seguimos la corriente del mundo; vivimos sueltos, sobre todo sueltos.

»Y reía.

»Cuando acabamos de almorzar se le ocurrió á Laura proponer un paseo por el lago. Leticia accedió al punto, y el Sr. Albruzzi se manifestó enteramente dispuesto á todo, con tal que se le permitiese llevar su famosa escopeta de caza que se cargaba por la recámara.

»¿Para cazar peces?, preguntó Laura riendo.

»No sería la primera vez; he matado carpas á dos palmos de profundidad; pero no es por eso, sino que se me ha metido en la cabeza cortar el vuelo á dos pares de gaviotas.

»¿Qué son gaviotas?, preguntó Leticia.

»Aves acuáticas que viven de pesca.

»¿Esos pajarracos blancos que revolotean al sol y que se zambullen en el agua como cuerpos muertos?

»Los mismos.

»¡Pobres animales!

»El Sr. Albruzzi pareció acoger esta exclamación como si fuera el epitafio de sus futuras víctimas, y con aire marcial se armó de su escopeta de retrocarga; las dos mujeres cogieron sus sombrillas y sus chales y bajamos á la playa.

»Aquel día Paulino Gaggini estaba en Lugnano; apenas nos vió, vino á nosotros, é informado de nuestro propósito, corrió á preparar su barca. Un cuarto de hora después nos alejábamos de la ribera de Lugnano.

»El lago estaba tranquilo y el cielo sereno; los rayos del sol próximo á su ocaso trasponían poco á poco las cumbres de las montañas opuestas, á cuyos pies una faja de negras sombras avanzaba por momentos hacia el lago.

»Corría á la sazón el mes de julio. El día había sido caluroso y una blanda brisa acariciaba nuestras mejillas. Yo contemplaba el espectáculo siempre nuevo que la naturaleza compone cada día con el mismo cielo, las mismas aguas y los mismos montes, y guardaba silencio; Laura y Leticia conversaban; el Sr. Albruzzi, con la nariz al aire y escopeta en mano, esperaba las gaviotas, y Paulino Gaggini, con su punta de cigarro en la boca y su sempiterna sonrisa en los labios, empujaba vigorosamente los remos sin decir una palabra.

»Llegados en poco más de una hora á las cantinas de Melide, saltamos á tierra para que Paulino descansara un rato.

»El Sr. Albruzzi había dejado de mala gana la escopeta y la idea de cortar el vuelo á las gaviotas, y nos siguió á una de aquellas frescas cantinas abiertas en la montaña, donde, abrasados de sed, íbamos á pedir, burlándonos de las exigencias de la etiqueta, un jarro de lo bueno.

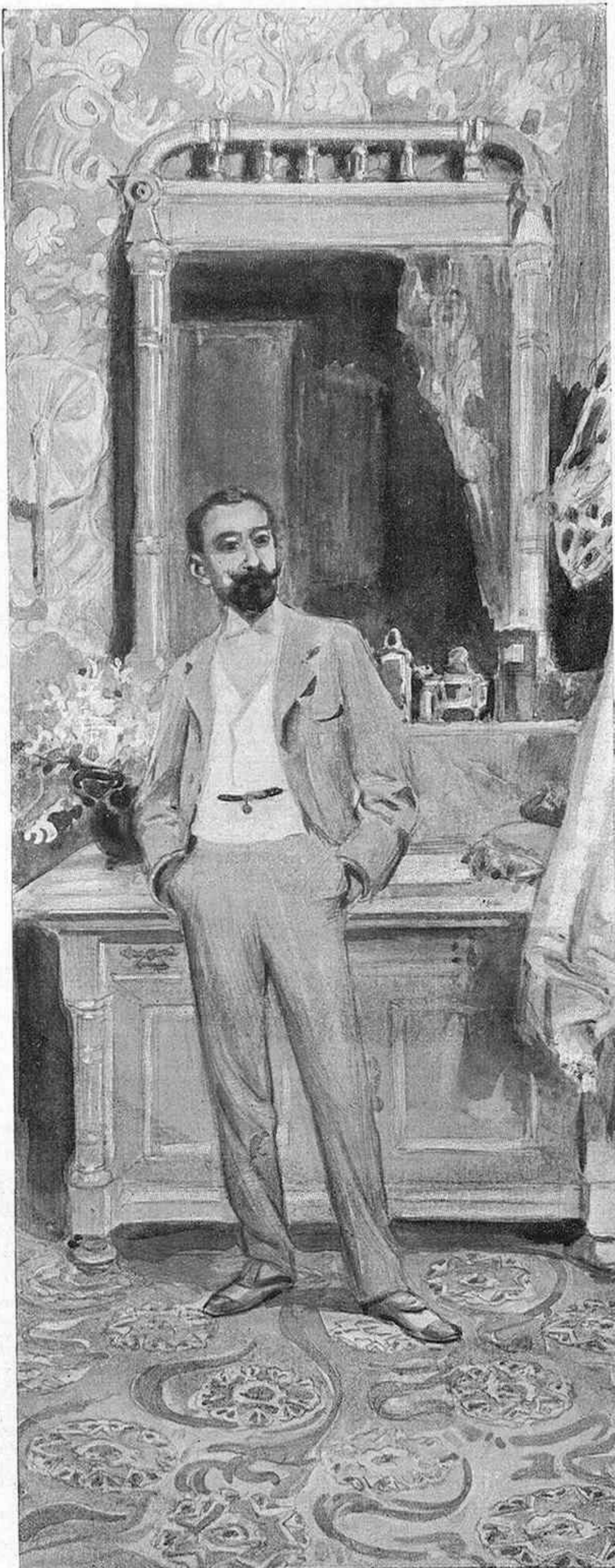
»Laura y Leticia, por la novedad del caso, se reían; Paulino Gaggini vació dos escudillas de vino una tras otra, acompañándolas de un suspiro que valía por cien acciones de gracias, y el Sr. Albruzzi, chocado mi vaso, repitió su brindis por la felicidad de los esposos.

»Cuando salimos para ponernos otra vez en marcha, el horizonte se había transformado como por arte mágica; el sol se había ocultado detrás de los montes, el cielo estaba salpicado de blancas nubeci-

llas, indicio de próxima lluvia, y un viento fresco encrepaba las aguas del lago.

»¿Hay peligro?, preguntaron las dos mujeres asustadas.

»Por ahora no, contestó Paulino; confíen ustedes en mí y dentro de una hora estaremos en Lug-



Aquella estancia era todo un nido de gracias y amores

nano. El viento sopla de Capolago y favorece nuestro viaje.

»A pesar de las seguridades de Paulino, no hubo medio de lograr que Laura y Leticia se aventuraran en el agua. ¿Qué hacer en este caso?

»Oye, dije á Paulino, vuelve á amarrar tu barca á la orilla y ve en seguida á Bissone á buscarnos un coche.

»No amarraré mi barca para tener que andar doble camino á pie; pero atravesaré el lago y dentro de media hora estaré de vuelta.

»Y apenas hubo dicho estas palabras, de dos remadas se separó de la orilla.

»Entre tanto el cielo iba obscureciéndose más y más, y el Sr. Albruzzi juró que le había caído una gota en la nariz, á Leticia y á Laura les pareció poco después lo mismo, y para sacarnos pronto de dudas llegó á nuestros oídos el sordo fragor de un trueno lejano.

»Cuando Paulino estuvo de vuelta, le preguntamos á coro por el carruaje; hizo un gesto de contrariedad y dijo que de los dos carruajes que había en Bissone uno había ido á Capolago y el otro no podía salir porque el caballo cojeaba.

»Pero á falta de coche, añadió sacando de la

barca dos objetos negros á modo de paraguas, que agitó al aire, he aquí todo lo que he podido proporcionarme; son un poco pesados para ustedes, pero siempre servirán para resguardarse de la lluvia.

»¡Dios te lo pague! ¿Te parece que lloverá?

»Estoy seguro de ello: el San Jorge está encauchado.

»En efecto, algunas nubes oscuras cubrían la cumbre de aquella montaña, señal infalible para los pescadores del lago.

»No nos quedaban más que dos caminos: ó arrostrar el peligro del agua é ir en la barca sin cansancio y á cubierto de la lluvia, ó arrostrar el cansancio y la lluvia y viajar por tierra sin peligro. Como la caminata no era muy larga y los paraguas proporcionados por Paulino nos deparaban un reparo bueno ó malo, se tomó este último partido. Paulino Gaggini, cargado con la escopeta del Sr. Albruzzi, rompió la marcha; siguióle éste dando el brazo á Leticia, y yo iba detrás con Laura, que se había cogido á mi brazo.

»Avanzamos algún tiempo alegremente; el camino estaba obscuro, pero no había obstáculos ni peligros; se bromeaba, se reía, y aquella pequeña aventura nos había puesto de tan buen humor, que casi no reparábamos en la amenaza de la lluvia que podía cogernos de un momento á otro. Sin embargo, á cada trueno que se oía aprétábase el paso y guardábamos silencio. Entonces sentía que el brazo de Laura estrechaba con más fuerza el mío y que ella se juntaba más á mí; cierta turbación se enseñoreaba de mi ánimo; la miraba de soslayo, y al través de la obscuridad veía sus ojos volverse rápidamente buscando los míos.

»Para salir de aquel estado violento y embarazoso, procuraba reanudar la conversación con el Sr. Albruzzi; pero muy en breve la imaginación abandonaba la palabra, y yo volvía á enmudecer sin advertirlo.

»Por el cielo se habían extendido negros nubarrones y la noche estaba tan tenebrosa, que ya no nos veíamos unos á otros; el viento, dándonos con violencia en la cara, casi nos privaba de respirar; el eco de nuestros pasos se confundía con el rumor de los castaños que descendía de la montaña y con los mugidos del agua y del viento.

»Un relámpago iluminó aquella escena nocturna y nos permitió ver las crestas espumosas del lago á nuestros pies y las cumbres de los montes que se erguían sobre nuestras cabezas cual fantasmas gigantes.

»Entonces Laura me apretó el brazo con tanta fuerza, que le pregunté con voz trémula si le daban miedo los relámpagos. Contestóme poniendo su mano sobre la mía.

»Mis nervios se estremecieron como al contacto de una pila eléctrica; lo que pasó, con la rapidez del rayo, por mi mente era tan nuevo, tan audaz, tan halagüeño y tan horriblemente destrozador en su mismo halago, que sentí necesidad de auxilio, y llamé en voz alta á Leticia.

»Una racha impetuosa de viento me apagó la palabra en los labios; mi pobre esposa, que iba algunos pasos delante de mí, no me oyó y no me contestó.

»Pero me oyó Laura, y sin decir nada se soltó de mi brazo.

»¿Era un reproche? ¿Se había ofendido por aquella súbita llamada mía á Leticia? Ya no me quedaba duda. Y sin embargo, ¿qué decirle? ¿Cómo mostrar que había comprendido el significado de su acción sin inferirle una nueva ofensa, sin provocar tal vez una explicación penosa?

»He temido que Leticia tuviera frío, le dije procurando dar á mis palabras un acento de sencillez y de calma que no estaban por cierto en mi ánimo; ¿y usted no tiene frío?

»Fijó en mí sus grandes ojos, é indicándome que la estorbaba la sombrilla que llevaba en la mano, me contestó:

»Ya ve usted; quería abrigarme bien con el chal y no lo consigo: tome usted la sombrilla un momento.

»Lo hice así, y se rodeó mejor al cuerpo aquel ligero abrigo, y en seguida volvió á cogerse de mi brazo sin añadir otra palabra.

»¿No se tapa usted la cabeza?, le pregunté.

»Me gusta la brisa, respondió.

»Y después de una pausa, denunciadora de palabras más premeditadas, añadió:

»Su mujer de usted también lleva chal y habrá hecho otro tanto.

(Continuará)

## EL NIÑO HÉRCULES

Juan Trundley, hijo de un obrero, de cinco años de edad, pues, según su certificado de nacimiento, nació el 14 de octubre de 1898, pesa 144 libras. Al nacer nada de particular se le notó; pero creciendo con extraordinaria rapidez, á los siete meses pesaba 48 libras.

Sus padres no son de gran estatura; su padre más



Fig. 1. - El niño hércules Juan Trundley y su padre

bien es bajo, pero entre sus ascendientes ha habido algunos muy corpulentos.

Toma para comer dos grandes platos de carne y legumbres; más de lo que su padre come aun después de haberse pasado todo el día trabajando. Todo le agrada y de todo come con apetito.

Parece lo natural que un niño tan gordo fuera débil y enfermizo, pero es todo lo contrario; nunca ha estado enfermo, exceptuando una vez que tuvo una fuerte bronquitis, pero que le pasó pronto.

Su gran peso hace que se canse con facilidad, así es que no pasea á pie; todos los días le sacan en un carrito á dar un paseo.

No vaya á creerse que su gordura es toda grasa, pues tiene mucho músculo. Una de sus proezas es levantar en peso á su padre; le agarra por encima de las rodillas y sin gran esfuerzo le sostiene algunos momentos en el aire.

Ha habido necesidad de hacerle ex profeso un banquillo sólido y fuerte en que sentarse, puesto que destrozaba en seguida con su peso los asientos ordinarios.

Juan Trundley es tal vez el único niño á quien los inspectores de instrucción primaria han dispensado de asistir á la escuela por demasiado desarrollo, puesto que en las que le corresponde ir por su edad, no hay pupitre ni asientos á propósito, y además se considera peligroso el dejarle en compañía de los otros niños, pues jugando en el patio ó andando por entre las mesas, haría probablemente los mismos destrozos que un elefante moviéndose y jugando con unas cuantas docenas de gatitos. Mucho le gusta jugar con los otros muchachos, pero nunca se le permite hacerlo sino á presencia y bajo la vigilancia de una persona mayor.

Es lo probable que cuando comience á recibir instrucción, demuestre tener muchas disposiciones, pues su desarrollo intelectual es poco menor que el físico. Es mucho más inteligente que la mayoría de los niños de su edad; habla con perfecta claridad y pronunciación. Su memoria es excelente y repite sin ninguna dificultad los versos y cuentos que oye unas cuantas veces.

Como es natural en un niño que crece tanto, Juan duerme mucho. Se va temprano á la cama y no despierta hasta el mediodía siguiente, y después come con un apetito devorador, dando cuenta en el acto de un desayuno más que regular.

Su carácter por lo general es bueno, alegre y dócil; pero á veces se encoleriza, y en ese caso se torna terco é intratable y hay que poner algún cuidado para aproximarse á él, pues se tumba en el suelo boca arriba y comienza á dar patadas con furia. Felizmente eso ocurre raras veces.

Su corpulencia no le molesta y dice que quisiera engordar más todavía.

Sus dimensiones son las siguientes: cabeza, 28 pulgadas; pecho, 44; brazo, 12 1/2; cintura, 42, y piernas 16 y 1/2. Su estatura es de cerca de 4 pies y 2 pulgadas.

Cuál será su porvenir, no puede decirse; pero así como su extraordinario crecimiento no le deja ir á la escuela, así también será lo probable que le inhabilite luego para ejercer ninguna profesión ú oficio y le obligue á ganarse la vida exhibiéndose. Ya ha comenzado á hacerlo así, pues le han pagado 40 libras esterlinas por semana en un café cantante por presentarse en la escena durante diez minutos. No creemos que ningún niño de su edad haya jamás ganado tanto.

A. H.

\*\*

## LA TELEGRAFÍA Y LA TELEFONÍA

EN EL JAPÓN

La introducción del telégrafo en el Japón data de 1869, fecha en que el gobierno contrató con unos ingenieros ingleses la instalación de la primera línea telegráfica, entre Tokio y Yokohama. Desde entonces, el aumento del número de redes ha progresado de una manera continua.

Hasta el año 1877, la construcción de las líneas se realizaba bajo la vigilancia de los ingenieros ingleses, pero durante este tiempo los alumnos del colegio de ingenieros se habían iniciado en esta técnica especial, y desde 1879 estuvieron en condiciones de dirigir los trabajos, de tal manera que en 1890 instalaban con éxito sus primeros cables submarinos, sin ayuda de sus profesores, cuya misión quedó, por consiguiente, terminada. Y lo propio sucedió con las fábricas. Los aisladores, que antes se compraban en

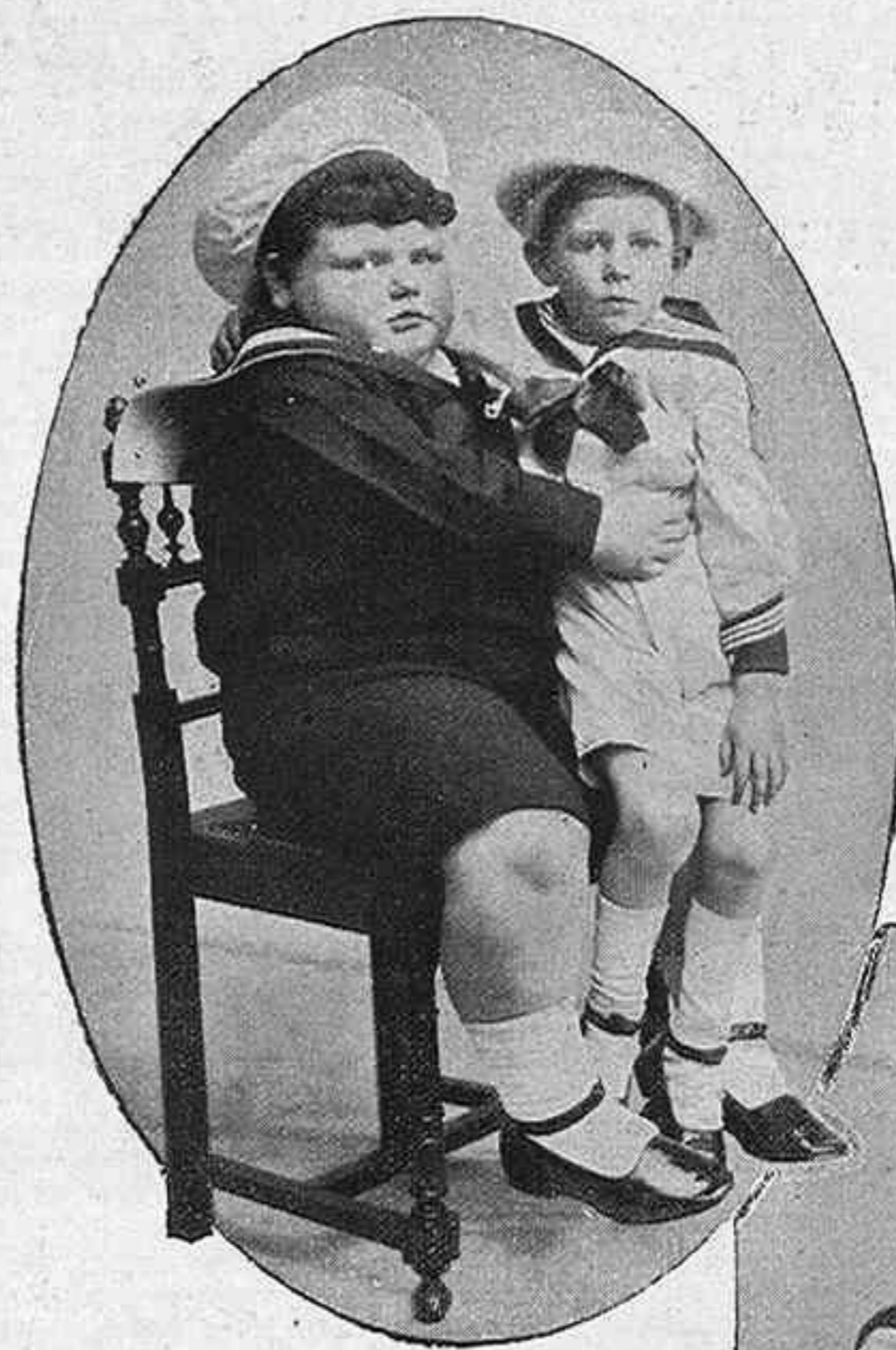


Fig. 2. - Juan Trundley y otro niño de su misma edad. Esta fotografía permite comparar las piernas de ambos niños.

Europa, hoy los fabrica de porcelana blanca la industria local: los alambres, los cables y hasta los mismos aparatos han dado origen á establecimientos dirigidos en un principio por extranjeros y ahora exclusivamente por ingenieros japoneses. Una de las principales preocupaciones del gobierno del Mikado fué verse libre lo más pronto posible del tributo europeo, y los jóvenes ingenieros han respondido á sus esperanzas en condiciones asombrosas; ya en 1878 se fabricaban en el Japón aparatos Morse y en la actualidad se construyen allí los aparatos más complicados, como los Hugues y Wheatstone.

La red telegráfica japonesa comprende actualmente 30.449 kilómetros de líneas con un desarrollo de 132.876 kilómetros de hilos, es decir, casi tanto como Italia. Hay 2.192 estaciones que en el año 1902 transmitieron 15.373.946 telegramas: en Italia, durante el mismo período sólo se transmitieron 9.851.659. Y si á aquella cifra añadimos el número de telegramas internacionales, tendremos un total de 18.027.806.

Aun reconociendo la indiscutible utilidad de la telefonía, el gobierno japonés esperó para adoptarla que este nuevo sistema de comunicación hubiese hecho los suficientes progresos. Hasta 1890 no se estableció la primera instalación entre Tokio y Yokohama. El público acogió esta novedad con alguna reserva, de modo que transcurrieron tres años antes de que se instalara la segunda línea entre Osaka y Kobé; pero la influencia europea se dejó sentir fuertemente, y á partir de 1895, adoptaba el gobierno un proyecto de desarrollo considerable, estableciendo

estaciones centrales é inaugurando en 1899 la línea á larga distancia entre Tokio y Osaka. El Japón posee unos 3.000 kilómetros de redes urbanas y 80 interurbanos que comprenden 160.000 kilómetros de



Fig. 4. - El niño hércules Juan Trundley levantando en brazos á su padre

alambres conductores. En 1902 hubo 26.000 abonados y 90 millones de conferencias.

Los gastos ocasionados por las instalaciones ascienden aproximadamente á 35 millones, y los ingresos anuales, unos cinco millones, no cubren todavía los gastos que las demandas de abonos exigen.

\*\*

## LAS CASAS INCOMBUSTIBLES

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los grandes incendios ocurridos recientemente en los Estados Unidos, y en particular el de Baltimore, han demostrado que las construcciones metálicas,



Fig. 3. - Juan Trundley y otro niño de su misma edad. Esta fotografía permite comparar la corpulencia de ambos niños

tal como se entendían no hace aún muchos años, no están libres de la destrucción por el fuego: en efecto, las columnas de hierro fundido estallan y los techos de hierro se tuercen bajo la acción del calor, y su caída, aun siendo parcial, arrastra toda la armazón metálica de que forman parte y la obra de mampostería que sostienen.

De aquí que los últimos reglamentos de policía, como los que están vigentes en Nueva York desde 1900, ordenan que todos los edificios de más de 23 metros de altura y destinados al uso público (hoteles, escuelas, teatros, etc.) han de estar contruidos con materiales incombustibles, es decir, han de tener paredes, techos, tejados, de piedra, betún ó de hierro revestido de una materia aisladora, que generalmente es cemento Portland ó tierra cocida. El cemento tiene la ventaja de adaptarse á todo y de constituir una excelente protección contra el frío y contra el calor.

Este nuevo sistema de construcción se presta á una rapidez de ejecución realmente prodigiosa en la edificación de casas gigantes; en Chicago ha podido terminarse en once meses la grande obra del «Auditorium», que tiene 90 metros de altura, está dividido en 19 pisos y cubre una superficie de 5.750 metros cuadrados, y en su construcción se han empleado 17 millones de ladrillos, 6.000 toneladas de hierro, 25.000 toneladas de granito, 5.600 metros de vidrio, etc.

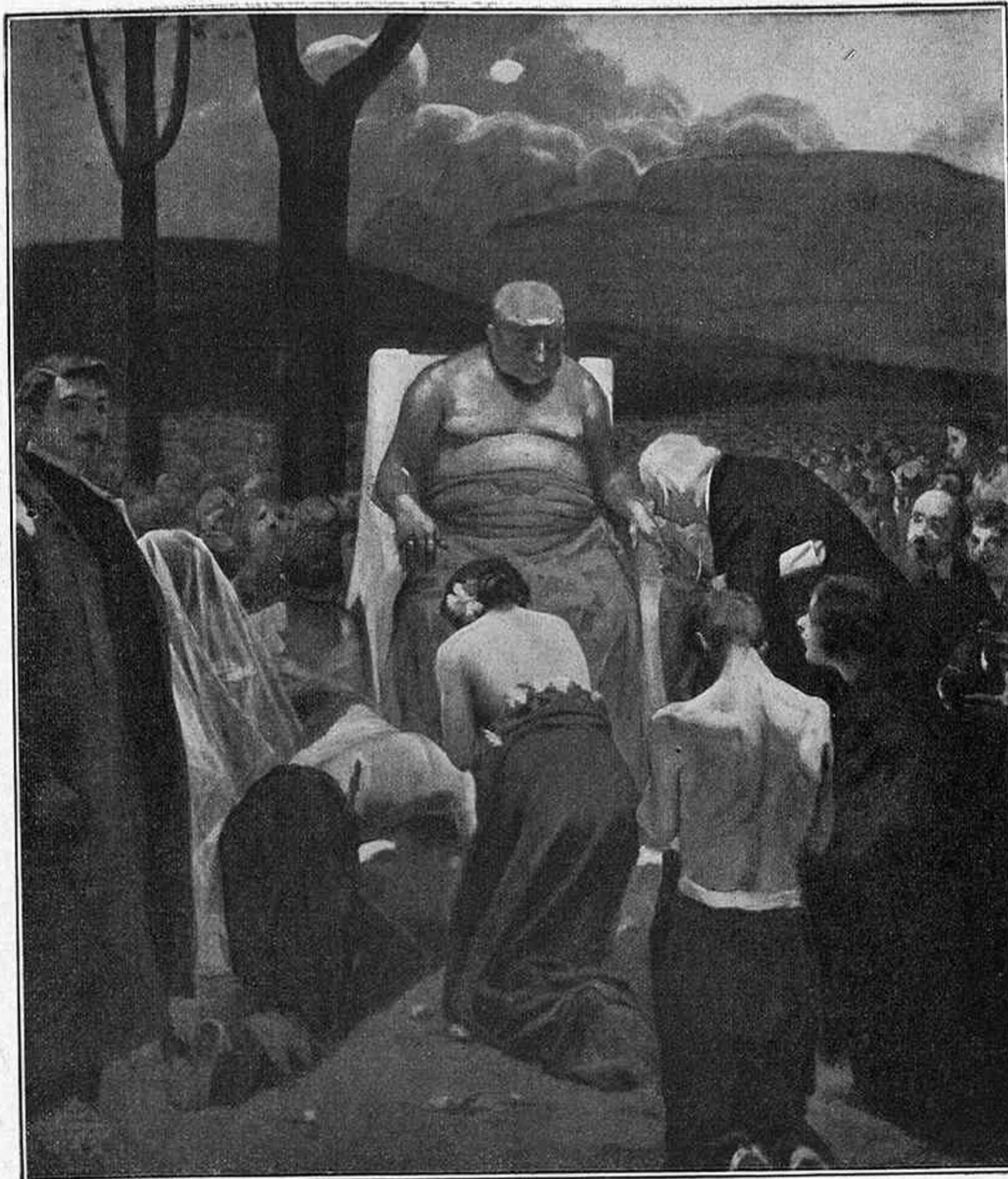
LIBROS  
ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA CUESTIÓN DE LA ESCUADRA, por el Dr. Madrazo y el general Bruna. — Obra de indiscutible importancia es la que bajo el título de Madrazo y el general Bruna. En ella se demuestra con gran copia de datos y razonamientos la situación actual de nuestra marina de guerra y lo que debiera ser. Prescindese de quimeras y sueños, y con la rudeza que impone la realidad, analizan y estudian el estado actual del país y los medios que deben implantarse para acometer, en la forma racional que los hechos y la experiencia aconsejan, la organización del poder naval. Gran servicio entendemos que han prestado los autores del libro, á quienes han aconsejado publicarlo su patriotismo y su indiscutible competencia. Forma un volumen de más de 300 páginas, elegantemente impreso en la tipografía de Blanchard, de Santander.

LA RENDICIÓN, por Antonio Jiménez Pastor. — Tal se denomina la novela que acaba de publicar el conocido escritor uruguayo señor Jiménez Pastor, quien ha logrado expresar en pocas páginas trozos de la vida real en su vulgar y natural aspecto, con todas sus crueldades, señalando las torturas, las sacudidas que experimenta un espíritu sin orientación ni finalidad determinada. Avaloran el libro, que ha sido pulcramente impreso en Montevideo, varias ilustraciones de Aurelio Jiménez y una bien escrita semblanza del autor por Eduardo Ferreira.

ZOLA, por Víctor Pérez Petit. — Se ha publicado en Montevideo en forma de tomo la conferencia que sobre Zola dió hace algún tiempo en el Club «Vida Nueva» el conocido literato uruguayo Sr. Pérez Petit. Es un trabajo concienzudo de un entusiasta del célebre novelista francés, en el que se estudia al hombre, la teoría naturalista y la obra del autor de Les Rougon-Macquart. El libro ha sido impreso en la Imprenta Artística.



El hombre de oro, cuadro de Luis Masiera. (Exposición París.)

LOS MODERNISTAS, por Víctor Pérez Petit. — Este distinguido escritor uruguayo ha publicado otra edición de su valioso libro, que contiene una serie de estudios y semblanzas de aquellos que como Tolstoi, Verlaine, Nietzsche, Hauptmann y otros más figuran á la cabeza del movimiento literario moderno. Al dar cuenta del libro del Sr. Pérez Petit hemos de repetir lo que ya dijimos al publicarse la primera edición, esto es, que es una obra altamente recomendable, que revela en su autor condiciones no comunes.

APUNTES PARA LA HISTORIA DEL LICEO DE LA SERENA. — El laborioso é ilustrado profesor de tan importante Institución señor Vera Yanattiz ha publicado, con motivo de la celebración del Congreso de Enseñanza Pública celebrado en Santiago de Chile, una curiosísima é interesante monografía del Liceo de la Serena, que modestamente titula apuntes, cuando por sí solos constituyen la historia minuciosa y explicada de aquel centro docente. Penosa ha sido la labor realizada, pero á su autor le cabrá la satisfacción de haber logrado coadyuvar cumplidamente á dar cuerpo al proyecto concebido de conocer la situación y antecedentes de los centros de enseñanza chilenos.

FULLS DEL MEU ALBUM, por J. Vidal y Jumbert. — Bajo este título ha publicado el escritor catalán que mencionamos una serie de cuadros tan galanamente descritos como fielmente observados. Revélase en ellos el señor Vidal como un discretísimo narrador, fácil, sin recurrir á efectismos ni rebuscamientos, pero con la exactitud del cuadro y de la escena estudiada del natural. El libro consta de 200 páginas, ha sido impreso en la tipografía Ausetana, de Vich, y se vende á dos pesetas.

PASIONALES, por Francisco de Arce. — Colección de cuentos, galanamente narrados, con fácil y elegante estilo, que despiertan el mayor interés, distinguiéndose algunos de ellos por ser verdaderos estudios, cuadros reales de la sociedad en que vivimos, pintados y descritos con los vivos colores de la verdad. El libro á que nos referimos véndese al precio de dos pesetas en las principales librerías.

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES DE ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
en BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
SOBERANO contra  
**ASMA**  
CATARRO, OPRESIÓN  
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
30 AÑOS DE BUEN EXITO  
MEDALLAS ORO y PLATA.  
MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS DRES**  
**JORET-HOMOLLE**  
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS  
F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

Las Personas que conocen las  
**PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT**  
DE PARIS  
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

**AGUA LÉCHELLE**  
**HEMOSTATICA**  
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS y DROGUERIAS.



Mariposas, cuadro de Luis Masriera. (Exposición París.)

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
**Exigir la Firma WLINSI.**  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**VINO NOURRY**  
 Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de **ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO y ENFERMEDADES del PEGHO**  
 Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.  
 CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
 Jarabe sin narcótico.  
 Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.  
 EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS  
 FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.



**ZÔMOTERAPIA**  
**EL ZÔMOL** PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)  
**PREPARADO EN FRIO**, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la **TUBERCULOSIS**, la **NEURASTENIA**, la **CLOROSIS**, la **ANEMIA**, la **CONVALESCENCIA**, etc.  
 Tres cucharaditas de café de Zômol representan **EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.**  
 PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

**CURACIÓN** cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el **Vino Aroud** (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

Frasco 5 fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 CANDES etc. B. St-Denis 148

**Reumáticos y Gotosos!**  
 Tratado de curaros con la Legítima  
**PISTOIA**  
**PLANCHE**  
 (DOS SIGLOS DE ÉXITO)  
 No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.  
**CURA LA GOTA** el Reumatismo, el Artrismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.  
 Es la **PLANCHE** en Marsella (Francia). En todas las Farmacias bien surtidas.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOLE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN